



COLEGIO
LIBRE DE
EMÉRITOS

ESPAÑA 2025

ESPAÑA Y EL NUEVO

“NUEVO MUNDO”

**UNA ESPAÑA CONFUSA, UNA EUROPA DESORIENTADA, UN MUNDO
QUE NOS DEJA DE LADO**

Emilio Lamo de Espinosa,

Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

“Conscientes de las dificultades por las que atravesamos hoy los países de la Unión Europea, los ministros que hemos estado al frente de la cartera de Asuntos Exteriores a partir de la Transición queremos manifestar nuestra opinión sobre el papel que, a nuestro juicio, puede y debe desempeñar nuestro país para superar esta crisis con éxito y permitir que España ocupe un lugar de primer orden en la política internacional”. Así comienza un insólito artículo publicado en la prensa española el 5 de febrero del 2012 y firmado nada menos que por todos los ministros de Asuntos Exteriores que ha tenido España desde la transición a la democracia: Marcelino Oreja (ministro de Asuntos Exteriores de 1976 a 1980), José Pedro Pérez-Llorca (1980-82), Fernando Morán (1982-85), Javier Solana (1992-95), Carlos Westendorp (1995-96), Abel Matutes (1996-2000), Josep Piqué (2000-02), Ana Palacio (2002-04), Miguel Ángel Moratinos (2004-10), Trinidad Jiménez (2010-11) y el actual, José Manuel García-Margallo (desde 2011). Nada podía representar mejor la preocupante coyuntura actual de la posición de España en el mundo que ese artículo, producto no tanto de un consenso sobre las soluciones (más aparente que real), como sobre el problema mismo. Hay razones para ello.

“Se hablaba de España como un milagro hace dos o tres años. Se hablaba de Irlanda como un Eldorado. ¿Quién querría estar ahora en esa situación?” Nada más elocuente que este breve comentario de Sarkozy con ocasión de la Cumbre de la UE Bruselas de enero del 2012 para ilustrar con nitidez el deplorable presente de la imagen y el prestigio exterior de España. Pocos meses antes, en el otro lado del Atlántico, la XXI Cumbre Iberoamericana celebrada en Paraguay mostraba lo acertado del comentario del Presidente francés. La ausencia de nada menos que once de los 21 mandatarios en la XXI Cumbre Iberoamericana mostraba a esa pérdida de relevancia del Reino de España como actor internacional. Pocos meses mas tarde España iniciaba un largo coqueteo mortal con la prima de riesgo, en el que continua, meses ya al borde de la sequía financiera y el default. Tres indicadores entre muchos posibles para presentar un problema.

¿Qué ha pasado para que desde el “milagro español” que evocaba Sarkozy hayamos pasado a ser menospreciados, no ya como parte de los “PIGS” latinos, cuya deuda atemoriza a Obama, sino incluso por gobiernos latinoamericanos, que hemos mimado sin justificación alguna? Sin duda, y como siempre que ocurren sucesos importantes, son muchas las causas y los motivos. Quizás, para comenzar, el “milagro” no lo fue tanto y unos y otros sufrimos un vértigo de poder y engrimiento que nos hizo creer en milagros. Sin duda nuestros bandazos y vaivenes no han contribuido a transmitir una imagen de país confiable y serio. Y sin duda también el mundo en que nos desenvolvemos en este comienzo de siglo empieza a parecerse muy poco a aquel otro de predominio occidental y europeo en el que España inicio su transición a la democracia y maduró políticas e instituciones. Debíamos haber jugado con sencillez pero nos creímos capaces de competir en la primera división, lo que nos ha dejado magullados y nos ha hecho descender a la tercera. Como en tantas otras cosas, también en esta de la presencia internacional tenemos una ardua tarea por delante. Por fortuna tenemos recursos para ello. Pero antes tomemos distancia con el tema para objetivarlo e impedir que los árboles no nos dejen ver el bosque; como decía Max Scheler y seguía Ortega, conocer es alejarse de la realidad, no enfangarse en ella. Tratemos de hacerlo, de tomar distancia con nuestro presente inmediato, distancia tanto en el tiempo como en el espacio.

ESPAÑA Y EL MUNDO, O DE CÓMO LA GEOGRAFIA ES HISTORIA

Pues bien, si hacemos un examen de *longue durée* de la posición de España en el orden internacional lo que encontramos es una gran estabilidad en los intereses y prioridades aunque con una curva de poder parecida a una distribución normal inversa, una curva en U bastante asimétrica, pues sube con gran rapidez (en términos históricos) para descender lentamente y volver a subir con mayor lentitud aún.

Efectivamente, como es sabido España es de los primeros países europeos en constituirse como Estado, algo que ya es una realidad percibida, dentro y fuera, a principios del siglo XVI. No solo percibida sino incluso estereotipada, y

recordemos la Leyenda Negra. Sólo Francia e Inglaterra (en el marco occidental) pueden presumir de esa antigüedad. Precocidad de la que da cuenta la antigüedad de algunas de nuestras Embajadas, como las del Reino Unido o la de la Santa Sede (al parecer la más antigua del mundo, creada en 1480 por Fernando el Católico, aunque los británicos aseguran que es su embajada en La Santa Sede, creada un año antes, la más antigua). Y que se corresponden con una época en la que España era, no solo un actor internacional relevante en el marco de la civilización occidental, sino el titular de una suerte de hegemonía global, la proporcionada por el primer gran Imperio marítimo intercontinental que abarcaba tanto el Atlántico como el Pacífico. De modo que, casi al tiempo de constituirnos como Estado moderno, nos alzamos pronto y alto en la parte izquierda de la U transformándonos en Imperio.

La decadencia fue, sin embargo, lenta aunque, eso sí, tozuda y persistente. La Paz de Westfalia de 1648 certificó el fin de la hegemonía imperial aunque no del Imperio ni de nuestra relevante presencia en el escenario europeo y mundial, en competencia continua con sólo otros dos países europeos, los otros dos grandes y viejos Estados: Francia e Inglaterra. Presencia global que tuvo un fuerte reverdecer interno y externo durante los largos años del reinado de Carlos III, tras los que la invasión napoleónica primero, la pérdida de las colonias después, y las guerras carlistas finalmente, acabarían de consolidar la irrelevancia casi total de España, que será certificada por la guerra Hispano-Norteamericana en la que cedemos el testigo imperial a los Estados Unidos que, ocupando nuestras últimas colonias (Cuba y Filipinas), se hace presente en ambos océanos y en el escenario internacional.

Nuestra ausencia en la Gran Guerra, tan beneficiosa desde el punto de vista económico, nos alejó de nuevo de los centros de decisión política y del escenario de la historia, de modo que a comienzos del siglo pasado podíamos decir que España había quedado marginada de la historia europea que era todavía la historia mundial. Sin duda el 98 ha sido el símbolo por antonomasia de esa postración. Y todavía no habíamos tocado suelo.

El hispanista francés Joseph Perez ha escrito recientemente: “España marginada (1915-1975)”. Es el título de uno de los capítulos de su reciente libro

Entender la historia de España. Pues ciertamente fue la larga dictadura del General Franco lo que habría de marcar el punto cero de nuestra posición internacional. Pues si España no participa en la Gran Guerra no puede decirse lo mismo de la segunda, en la que es vanguardia y pionera y en la que se implica *avant la lettre* pero del lado equivocado. Y así, en 1945, la recién creada ONU, no solo rechazó el ingreso de España, sino que recomendó a sus miembros la retirada de sus embajadores. "No hay lugar en las Naciones Unidas para un gobierno fundado sobre principios fascistas" escribió Roosevelt a su embajador en Madrid, con frase que el tiempo se encargará de desacreditar. En todo caso, expulsados de Naciones Unidas, sometidos a embargo de las grandes potencias, durante los "años del hambre", jamás estuvo España no ya tan marginada sino tan detestada y menospreciada. Un régimen semifascista aliado de los fascismos derrotados en la guerra; una economía autárquica cuando Robert Schuman y Jean Monnet comenzaban con la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, fundada en 1951; una moralidad integrista, casi victoriana, acartonada y tridentina, abandonada en Europa hacía décadas y cuando la contracultura comenzaba a aparecer, España era el paria de Europa y uno de los parias del mundo, una situación que hoy solo sería comparable con la de Corea del Norte o Irán. Fue, sin duda, el punto cero de la presencia internacional de España, del que ya no podía caer más bajo, punto cero que venía a acreditar a cuantos desde mediados del XIX, ya fueran historiadores, sociólogos, economistas o filósofos, y ya fueran arbitristas, reformistas o regeneracionistas, habían escrito sobre la "decadencia de España". "La historia de España entera –escribía Ortega en 1921 en *La España Invertebrada*- ha sido la historia de una decadencia». A la altura de 1950 nada parecía más cierto. Y en esa creencia se educarían quienes, años más tarde, habrían de liderar la regeneración de España que fue la transición a la democracia: el negativo de la decadencia.

Sorprendentemente, si la caída del poder y de la presencia internacional de España fue lenta, secular, pero profunda, la remontada va a ser bastante más rápida, casi fulgurante y por ello sorprendente y mágica, incluso "milagrosa", tanto que dejaba quizás demasiadas cuestiones en el aire. Un camino ascendente que se inicia –como casi todo en la España moderna, hay que

decirlo con claridad- ya en el mismo franquismo aprovechando la oportunidad del momento. Pues si la guerra civil había sido vendida por Franco como una “Cruzada contra el comunismo”, ¿cómo iba a desaprovechar la Guerra Fría para salir de la cueva a la que la misma guerra nos había conducido? Y así, si la Guerra Fría comienza con aquel “largo telegrama” que el diplomático americano George Kennan manda en 1946 desde Moscú a Washington, en 1950 la ONU revocará su resolución de bloqueo, Estados Unidos nombra de nuevo Embajador en Madrid, y en 1953 Franco consigue nada menos que un tratado con Estados Unidos, el ingreso en la ONU en 1955, y la posterior visita del Presidente Eisenhower en 1959. Con lo que saltamos en sólo una década de ser los parias de Europa a vanguardia del anti-comunismo y defensores del mundo libre, alineados con Washington pero también con Europa, aunque a costa de ser objetivos de los misiles soviéticos en la “destrucción mutua asegurada”, entonces plenamente ignorada por la opinión pública española.. Toda una jugada maestra de Franco que la agresividad de Stalin y el telón de acero le brindo al astuto general español, que pudo así asegurarse otros veinte años de dictadura, esta vez sin amenazas exteriores.

Y a partir de finales de los años cincuenta, diversos Ministros de Asuntos Exteriores (Castiella, López-Bravo, López Rodo, Cortina), competentes y con clara visión de las dificultades, aprovecharan la puerta abierta por los Estados Unidos para ir cimentando una red de relaciones que los primeros Ministros de la democracia (Areilza, Oreja y Pérez-Llorca) no harán sino continuar. En la triple dirección que marca la historia y la geografía: Europa, América, y África. Casi podríamos decir Europa como objetivo, América como instrumento, y todo ello para huir de ser absorbidos por África, elevando una barrera en el estrecho que profundice la secular frontera civilizacional. Pues si España mira al norte, al que quiere parecerse y toma como modelo, sabe sin embargo que a quien sí se parece es a Latinoamérica de quien es hermano, y sabe también que a quien no quiere parecerse es al sur, del que es sin embargo vecino y casi primo hermano.

Fue el primero de los ministros citados, Castiella quien en 1962 manifestó el interés español por tener algún tipo de relación con la Comunidad Económica Europea, petición que es rechazada en 1970 aunque sí se firma un acuerdo

comercial. La petición la reiterará Marcelino Oreja siete años más tarde, muerto ya Franco, y el ingreso se formalizará en 1986 con Felipe González de Presidente del Gobierno. Sin duda un momento estelar, icónico, en la historia de España, en el que somos aceptados como otro pueblo más en el familia de pueblos de Europa. Un paso más hacia el norte, un paso más de alejamiento del sur.

Pero si el europeísmo de los españoles era indiscutible, también lo era su pacifismo (heredado de la guerra) e incluso su anti-americanismo (herencia del franquismo), de modo que la entrada en la OTAN, la otra pata de la plena incorporación de España al orden internacional, fue mucho más compleja. Mientras Marcelino Oreja era partidario de dicha integración, Adolfo Suarez mantuvo posiciones ambiguas, sin duda consciente de su coste electoral. Y tuvo que ser Calvo-Sotelo quien cortó el nudo gordiano en 1982, ACCIÓN aprovechada electoralmente por el PSOE en las elecciones de ese mismo año con notable ambigüedad (“OTAN, de entrada No”), ambigüedad finalmente rota por Felipe Gonzalez en el referéndum de 1986. Pues ¿cómo pensar en entrar en el club UE sin participar igualmente en los costes de su defensa en la OTAN? Había que estar a las duras y a las maduras.

Con ello se definía el eje estratégico fundamental de nuestra política exterior pues la alianza económica y política con Europa se doblaba en alianza estratégica con los Estados Unidos. Europa se ha construido gracias, y no contra, los Estados Unidos. Y por supuesto, contra Rusia. De modo que cuando se habla de “consenso” en la política exterior se alude siempre a ese “euro-atlantismo” que vincula, tácitamente pero con firmeza, el vector europeo con el americano. Y como ha señalado Simon Serfaty, la yuxtaposición entre las sucesivas ampliaciones de la UE (hasta los 27 actuales) y las de la OTAN (hasta los 28 actuales) no son simples coincidencias. Ahora, como en la guerra fría, se acepta informalmente que los miembros europeos de la OTAN tienen un derecho de veto para la incorporación en la UE, mientras que los miembros OTAN de la UE tienen un derecho de primer veto acerca de la pertenencia a la OTAN. Ese fue también el tributo que tuvo que pagar el PSOE, y el referéndum de España para permanecer en la OTAN se celebró en 1986, el mismo año de nuestra entrada en la entonces CEE.

El llamado “consenso” era pues algo muy sencillo: europeísmo indiscutible y explícito, doblado de atlantismo firme aunque discreto. De modo que en 1986 quedó finalmente resuelto el problema de la inserción internacional de España que, desde entonces, ha venido articulada por tres vectores: euro-atlantismo, América Latina y Magreb.

En primer lugar, Europa y, singularmente, la Unión Europea, como espacio prioritario de actuación que, más que política exterior, es ya política interior. El viejo comentario de Ortega en el sentido de que Europa es la solución a los problemas de España, resultaba una evidencia indiscutible para los españoles de finales del siglo XX, ya fueran de derechas o de izquierdas. Europa es (¿era?) el modelo a seguir, Europa es la meta a alcanzar, Europa es la alianza primordial, y en Europa deben acabar disolviéndose las viejas naciones. Los españoles hemos sido europeístas, no como proyección de España hacia afuera, no como política exterior, sino al contrario, como eje vertebrador de la política interior; no queremos ir a Europa sino que Europa venga a nosotros, ser europeos, queremos europeizar España, no españolizar Europa. Y así nuestro europeísmo, de venida, más que de ida, es muy distinto del de otros países que (como Francia, por ejemplo) han hecho de la UE un vector de proyección exterior, o de aquellos otros que (como el Reino Unido) buscan sólo un mercado común. Europa ha sido la identidad deseada y por fin realizada de los españoles, el dejar de ser distintos, el normalizar ¡por fin! España para cancelar el *Spain is different*.

En segundo lugar, los Estados Unidos, ya directamente –como durante la presidencia de Aznar- ya bajo el paraguas del “atlantismo” –como durante la presidencia de Felipe Gonzalez. Una relación siempre vista con recelo por los españoles cuyo antiamericanismo político (pues en términos culturales España ha sido y es profundamente americana, del sur y del norte) ha sido constante y tozudo, heredado quizás de la guerra Hispano-Norteamericana (una de las pocas guerras entre democracias que pueden mencionarse), quizás del apoyo norteamericano a Franco, o incluso importado del anti-imperialismo latinoamericano. Anti-americanismo aprovechado aquí y allá, ya por cierto neutralismo que apareció con Suarez o con el ministro Morán, ya en el OTAN, *de entrada No* del PSOE de las elecciones de 1982, ya en la agresividad

diplomática de Rodríguez Zapatero y su ministro Moratinos. Pero no olvidemos que fue Felipe González quien relanzó la Nueva Agenda Transatlántica en la Cumbre UE-EEUU celebrada en Madrid en diciembre de 1995 para establecer un vínculo estructural básico entre Washington y Bruselas. Y fue su Ministro de Asuntos Exteriores, el socialista Javier Solana (el mismo de un famoso mitin anti-OTAN en la Universidad Complutense cuando las elecciones de 1982), quien sería después Secretario General de la OTAN antes de pasar a ser Alto Representante para la Política Exterior y de Seguridad de la UE, símbolo indiscutible del triple entendimiento socialismo-Europa-Estados Unidos. En última instancia si Europa es nuestro club, si somos Europa, los Estados Unidos han sido y siguen siendo la República imperial hegemónica, de modo que, sin ellos, poco se puede hacer, y nada se puede hacer contra ellos.

En tercer lugar, el otro vector atlántico, América Latina, con la que nos une un pasado centenario que sobrevive en lazos de sangre y memorias familiares, en una lengua y una cultura común y, progresivamente, en unos intereses económicos que irán creciendo con celeridad a finales del siglo pasado. Una política que inicia el propio Franco con la creación en 1946 del Instituto de Cultura Hispánica y las alharacas del Día de la Raza o de la Hispanidad, y cuyo tono paternalista y algo casposo se conserva soterradamente bajo la etiqueta de “Iberoamérica” (así se llama la Secretaría de Estado y ese es aun el lenguaje oficial de nuestra diplomacia), y no América Latina, como ellos se llaman a sí mismos. Paternalismo que se oculta malamente en la política de Cumbres Iberoamericanas, que comienza en 1991 de cara a la Expo de Sevilla del año siguiente, que ha continuado en 21 cumbres, pero cuyo agotamiento quedó patente con motivo de la última, celebrada en Asunción en el 2011, como ya dijimos (y que trataremos de remozar con motivo del centenario de la Constitución de Cádiz en el 2012).

Y finalmente un cuarto vector, más impuesto que voluntario, impuesto desde fuera por exigencia de la geografía y los intereses, y al que España y los españoles renunciarían si pudieran: el vector africano. Como muchos países europeos, España no quiere mirar al sur y preferiría tener frontera con la nada. Pero hete aquí que tiene fronteras con Marruecos, todavía no delimitadas, que incluyen las viejas Plazas de Soberanía (Perejil, las Islas Chafarinas y el Peñón

de Vélez de la Gomera), tiene dos enclaves complejos y casi imposibles de defender en Ceuta y Melilla (e incluso las Islas Canarias), tiene un proceso descolonizador todavía abierto en el Sahara, y tiene importantes intereses gasísticos, petroleros, pesqueros, de seguridad (drogas y terrorismo) y de inmigración, por citar sólo algunos de los muchos y principales problemas. De modo que si España mira al norte con ilusión y dispuesta a aprender, y mira al oeste con esperanza y dispuesta a enseñar, mira al sur siempre con preocupación y cierto desprecio, pues ahí radica nuestro principal riesgo de seguridad, nuestro talón de Aquiles.

Y eso es casi toda la política exterior, los 360 grados de nuestra circunferencia: la UE, USA, América Latina y el Magreb, los cuatro vectores tradicionales de nuestra política exterior, permanentes, como lo es nuestra posición geoestratégica. Pues España es parte de Europa pero en una posición periférica, puente con África y abierta al Atlántico. Tenía razón Montesquieu y la historia es, al final, geografía. Y así, esos cuatro vectores definieron la política exterior del general Franco al igual que la de la transición y la de los gobiernos democráticos, ya fueran socialistas o populares. Como antes definieron la de Cánovas, antes la del Conde Aranda, e incluso antes la de Carlos V o Felipe II: la prioridad de Europa, de Francia e Inglaterra, de Flandes, de Italia; la preocupación mediterránea, de Oran, del turco, del norte de África; y el vector atlántico, primero hacia América central y del sur, después, ya con los Borbones, abriéndose en un arco desde La Florida hasta Alaska pasando por Tejas, Nuevo México y California. Pues, ¿qué política exterior vamos a tener sino la que marcan nuestros intereses? Ciertamente que esos vectores, intereses permanentes de España, pueden modularse en muchos sentidos, y las variaciones no son nada triviales, como veremos inmediatamente. Pero marcan, no sólo lo que es sino lo que no es y, sobre todo, lo que no puede no ser. Pues todo modo de ver es un modo de no ver, y si miro en una dirección no miro en otra. Y eso, el punto ciego de nuestra tradicional política exterior, lo que ésta ha menospreciado o marginado, es lo que hoy debemos explicitar.

DE CÓMO LA IDEOLOGIA DISTORIONA LA GEOGRAFIA:

Pretendemos en estas páginas mirar hacia adelante y no, *more hispanicus*, por el espejo del retrovisor, para elaborar un mapa del mundo del futuro y de nuestra posible posición en el. Pero es necesario comenzar situándonos en la coyuntura, pues ésta muestra signos evidentes de deterioro en todos los frentes descritos. En al menos dos sentidos que se entrecruzan. En primer lugar –y es lo que examinaremos en este epígrafe- en nuestra propia política exterior, perdida y desorientada en tierra de nadie. Pero también –y lo veremos inmediatamente- en el dato de una nueva coyuntura, de una nueva geopolítica internacional, que asoma poderosa en este comienzo de siglo, poniendo fin a siglos de evidencias y certezas (el predominio de Europa) y desbaratando los parámetros sobre los que se ha venido asentando nuestra política exterior.

Cuyo balance de los últimos años es ciertamente descorazonador, tanto como para haber pasado, en sólo un lustro, de vanguardia, ejemplo, modelo o milagro, a contra-ejemplo y modelo a evitar. Analicemos pues dónde estamos en los cuatro frentes descritos.

En el primer frente, el europeo, recordemos que el Presidente Zapatero se comprometió a “regresar al corazón de Europa” contando con el entendimiento con el gobierno socialista del canciller Schroeder y del presidente francés Chirac, lo que debía conducir a una UE fuerte, una pacífica fuerza para el bien (*a force for good*, se decía, una fuerza “herbívora”), alternativa a la agresiva potencia unilateral americana (el “carnívoro” y agresivo “Imperio del mal”). Pero pocos meses después los dos aliados franco-alemanes habían pasado a la oposición, y el apoyo prestado a ambos se tornaba en desencuentro con los nuevos líderes, Angela Merkel y Sarkozy. Mala relación que se amplió al nuevo líder británico, Cameron, y que debilitó nuestra posición europea justo cuando la crisis económica (y la pésima gestión de la misma) nos coloca del lado de los “despilfarradores del sur”, deslegitimando por completo nuestra credibilidad internacional. España, que había sido vanguardia de la construcción europea con Felipe Gonzalez, y líder de los debates europeos durante la guerra de Irak, pasaba a la posición de menesteroso del crédito europeo, sin capacidad de iniciativa alguna. La incompetencia lingüística del presidente Zapatero sumada a su escasa comprensión (e interés) por el mundo internacional, la

renacionalización de la política europea durante estos años, y la falta de iniciativa de Bruselas frente a Berlín o París, vino a anular por completo la apuesta del gobierno Zapatero por una EU fuerte, que hoy se encuentra, por el contrario, en sus horas más débiles. Regresamos a Europa cuando esta ya se ha ido a otra parte. Y así, cuando se construye el Servicio Europeo de Acción Exterior, nuestra diplomacia, una de las más antiguas del mundo, y que en tiempos ocupó cargos de relevancia (director de la Unesco, secretario general de la OTAN, presidente del Tribunal de Justicia de la Unión, presidente del Comité Económico y Social), sólo consiguió, y con notables dificultades, uno de los dieciséis puestos importantes.

Más visible ha sido el fracaso en el segundo frente, el atlántico. Como dijimos Felipe Gonzalez supo mantener excelentes relaciones con los Estados Unidos, aunque estas fueran frecuentemente veladas detrás de una vieja, pero popular, retórica anti-imperialista o incluso anti-americana. Buenas relaciones que auparon al presidente Aznar a sentarse por unos minutos en el puente de mando de la historia del mundo junto al presidente de los Estados Unidos con ocasión de la Cumbre de las Azores. Pero el “europeísmo atlantista” al que aludíamos antes lo rompió el canciller Schröder (el peor canciller de Alemania según The Economist) en el 2002 cuando, en la campaña electoral, y sin consultar con nadie en la UE, decidió la posición de Alemania: no a la guerra de Irak, dijeran lo que dijeran las Naciones Unidas. Por supuesto Chirac se sumó y asumió el liderazgo; era la tradición francesa. Y Aznar, Blair y otros muchos (2/3 frente a 1/3, en la UE a 25) reaccionaron en contra. Y así, mientras que Aznar (con Bush hijo), aseguraba que debíamos ir a la guerra, con o sin el apoyo de la ONU; Zapatero, (con Schröder), aseguraba que no debíamos ir, dijeran lo que dijeran las Naciones Unidas. Y desde entonces hemos arrastrado dos europeísmos: el viejo, el de siempre, el de Felipe González, pro-atlántico, y el nuevo, claramente anti-americano, que pretendía hacer de Europa una alternativa a los Estados Unidos bajo el liderazgo de Francia y Alemania y con la colaboración de Rusia y China (sin duda dos ejemplos de democracia).

Pero la torpeza e incluso la mala educación exhibida por el presidente Zapatero pasará a los anales de la historia internacional como ejemplo de lo que nunca

se debe hacer. El insulto gratuito a la bandera americana y, sobre todo, la precipitada retirada de las tropas españolas de Irak a los pocos días de tomar posesión incumpliendo los compromisos adquiridos durante la campaña electoral (recordemos el compromiso con nuestros aliados: retirada, sí, pero sólo si antes del 30 de Junio no había una resolución favorable de Naciones Unidas, que la hubo), fue percibido casi como una traición a los aliados y, desde luego, como una rendición en toda regla ante los autores de la matanza de Atocha del 2004. España pasó a ser ejemplo de aliado poco fiel y volátil, sometido a los dictados de la ideología más que a los de los intereses. Y la relación con los Estados Unidos se congeló durante la administración Bush (y en nada ayudó la torpe y malaconsejada apuesta por el candidato Kerry contra Bush), y se mantuvo en niveles mínimos durante la presidencia de Obama, que se negó a pisar tierra española a pesar de las reiteradas peticiones y ofertas del gobierno español. De modo que la mala relación de los USA con Zapatero (no con España, por supuesto) se ha mantenido las dos últimas legislaturas socialistas, y es el único presidente que no ha sido recibido en la Casa Blanca (mientras la inversión española en Estados Unidos se multiplica a costa del dólar barato).

Si los dos frentes principales se deterioraron hasta el punto de anular prácticamente cualquier interlocución, de modo que la opinión de Madrid dejó de contar por completo tanto en Bruselas como en Washington, ello no podía no repercutir en los otros frentes diplomáticos. Y de nuevo hay que regresar sobre las bases sentadas por Felipe Gonzalez y Aznar (o antes por el mismo Suarez) en una estrategia que podemos definir como la de la doble triangulación. Pues España cuenta en América Latina tanto más cuanto más cuenta en la UE, pero también viceversa, pues somos (y de nuevo hay que decir “éramos”) los representantes “naturales” de América Latina en Europa. De modo que la posición europeísta de España no sólo no se perjudica, sino que se complementa, con la americanista. Y si esta triangulación sur-atlántica se la debemos en buena medida a Felipe Gonzalez, la segunda, la nor-atlántica, la articuló Aznar: somos tanto más importantes en América Latina cuanto mayor interlocución tengamos en Washington; pero también viceversa, pues de nuevo somos (“éramos”) los representantes “naturales” de América Latina en los

Estados Unidos. Sin los pilares de la UE o de los Estados Unidos, por supuesto, la triangulación se hace imposible y nuestra posición en América Latina se deteriora considerablemente. Y de hecho hemos sido, nos guste o no, los legitimadores del nuevo populismo de izquierdas, manifiestamente anti-democrático, y no los defensores del *rule of law*, la seguridad jurídica y la estabilidad democrática. Todo ello trajo los lodos de la Cumbre Iberoamericana del “por qué no te callas”, de la posterior Cumbre de Asunción, de la expropiación de YPF y, es de temer, del fracaso irrecuperable de las Cumbres.

Finalmente, algo parecido podemos decir en relación con el Magreb. El incidente Perejil a las pocas horas de tomar posesión la Ministra Ana Palacio en el 2002 puso de manifiesto dos datos importantes. El primero, que poco cabía esperar de la UE, maniatada por los intereses franceses en el Magreb. La segunda, que fue la presión americana (cada vez más importante como sostén del régimen alauita) la que pudo solucionar el contencioso. Pues bien, de nuevo, la ausencia de ambas palancas nos deja en buena medida con la retaguardia desguarnecida y hemos perdido nuestro principal base negociadora: la descolonización del Sahara.

Pero recordemos que es en el Magreb donde tiene España su principal riesgo de seguridad, y por ahí entraría cualquiera que deseara desestabilizarnos, por ahí entró la desestabilización del 2004, como antes la Marcha Verde de 1975. La frontera física de España con Marruecos (en Ceuta y Melilla) marca uno de los desequilibrios económicos mayores del mundo: una diferencia en renta *per capita* de 1 a 13, dos veces la existente en la frontera entre USA y México. No por azar es una frontera cerrada, con vallas el doble de seguras que las que los republicanos americanos quieren poner en la frontera con México (y que muchos españoles, hipócritas, denuncian). Añádase que Ceuta y Melilla no se podrían proteger ante un ataque marroquí (nueva marcha verde) sino bombardeando Rabat o Casablanca, lo que es tanto como decir que no hay respuesta equilibrada. Añádase el salafismo, riesgo que afecta al mismo reino alauita pero infecciona también la propia emigración que nos llega. Añádase la “primavera árabe”, que sólo puede desestabilizar el reino alauita. Añádase nuestra fuerte dependencia energética (de las mayores de Europa) y, en concreto, del gas argelino, de donde importamos la tercera parte del que

consumimos. Y añádase la mala relación entre esos dos países a cuenta del Sahara, que tienen sus fronteras cerradas. Zapatero aseguró al poco de tomar posesión en el 2004 que en seis meses solucionaba el tema del Sahara. Por supuesto no lo hizo, pero lo que sí hizo fue regalarle bazas a Marruecos sin obtener serias compensaciones. Es probable que no sea viable un Estado saharauí y, sobre todo, su coste para España es mucho mayor que los beneficios que reportan otras soluciones, en concreto una amplia autonomía bajo soberanía marroquí y, probablemente, bajo tutela internacional transitoria. Pero cuando Moratinos cambió la tradicional política española y del PSOE (“consensuada”, por tanto), y renunció a defender la legalidad internacional (que ampara, sin discusión alguna, a los saharauíes) para proponer una autonomía bajo soberanía marroquí, estaba quemando la única solución viable. Cualquier diplomático sabe que el objetivo de una negociación no se pone jamás encima de la mesa al comienzo de la misma, debe salir de la negociación misma, y a ser posible de la parte contraria. Hoy Marruecos ya ha dado por ganada la soberanía a través de la solución de la autonomía, solución que nosotros hemos perdido como baza, al tiempo que los saharauíes, que hubieran podido aceptar tal solución de haber salido de ellos, la rechazan. Es difícil actuar con mayor torpeza ¿Y qué hemos obtenido nosotros? Soberanía por soberanía, lo que deberíamos haber obtenido es, al menos, un reconocimiento explícito de la legalidad *de facto*, si no de la legitimidad, de nuestra posición en Ceuta y Melilla.

Pero sin solución al tema del Sahara, no hay entendimiento entre Marruecos y Argelia; sin ese entendimiento no hay estabilidad en el Magreb; sin estabilidad no hay modo de cambiar cañones por mantequilla pues el presupuesto marroquí se pierde sosteniendo a su ejército en las arenas del Sahara; sin estabilidad no hay inversión, sin inversión no hay desarrollo, y sin desarrollo y bienestar no se combate el fundamentalismo. Marruecos sufre -como casi todo el norte de África-, de un enorme crecimiento de población joven que se urbaniza aceleradamente en inmensas *bidonvilles* pero sin desarrollo, sin empleo y sin perspectivas de futuro (el caldo de la “primavera árabe”), y podría desestabilizarse en breve plazo, lo que proyectaría la frustración sobre España generando una crisis política, económica y social de gran envergadura. Que

sólo podría ser contenida como lo fue la de Perejil: con la ayuda de los Estados Unidos. Tenemos un polvorín al sur, frente a la dorada Costa del Sol, un Líbano potencial. Y frente a eso, ni la Alianza de Civilizaciones (ocurrencia de un funcionario que ya nadie sabe cómo liquidar), ni la Conferencia de Barcelona (con o sin Unión Mediterránea de Sarkozy) tiene respuestas adecuadas.

Este es el escenario de nuestro posicionamiento internacional a comienzos del siglo XXI. España juega en la liga europea, la americana y la del Magreb, aunque en estos momentos todas las apuestas nos señalan como equipo perdedor. Pero estamos, y jugamos. Y no estamos en nada más. Por mucho que se insista no contamos nada en Oriente Medio, tampoco en el África subsahariana (aunque se han hecho progresos durante la presidencia de Zapatero), y poco o nada en Asia, donde se juega la suerte del mundo, y ello a pesar de intentos reiterados de la administración, ya desde los tiempos del Ministro Piqué. Por supuesto, España es más que su política exterior. Como veremos después, la lengua y la cultura, el ejército o la guardia civil, las grandes multinacionales, la ayuda al desarrollo, la historia, el deporte, y tantas otras cosas (como, por ejemplo, la Corona o la deuda pública), cuentan. Y no debemos olvidarlo. Pero cuentan a la hora de definir la imagen o percepción global de España y de los españoles, pero no son instrumentos que proyecten nuestros intereses si no son utilizados como tal. Y ello es hoy más grave que nunca pues nos encontramos en una coyuntura histórica en la que no es ya posible proyectar el pasado hacia el futuro, las tendencias, las expectativas se han visto truncadas, lo que ocurre siempre que se producen puntos de inflexión de tendencias seculares. Pasemos pues al nuevo escenario geopolítico

PUES EL FUTURO NO ES LO QUE ERA; GLOBALIZACION, PAISES EMERGENTES Y OCCIDENTALIZACION

Si la geografía es historia, como comenzábamos señalando, hay que añadir inmediatamente que la geografía ha cambiado, y con ella la historia, y el futuro ya no es lo que era. Este es el primer y principal problema al que España debe enfrentarse: que el entorno político, económico, de seguridad, incluso

demográfico, que emerge poderoso en este comienzo de milenio, rompe radicalmente con parámetros centenarios y nos obliga a revisar políticas y prioridades radicalmente. Por decirlo en lenguaje usual: aunque fuera políticamente posible, no podemos limitarnos a “regresar” a consenso alguno pues no podemos “regresar” a un mundo que ya se ha ido. Al contrario, debemos construir pacientemente y con prudencia nuestro posicionamiento repasando activos y pasivos en un contexto radicalmente nuevo. Necesitamos un nuevo consenso para este nuevo mundo. Tratemos de definir primero algunos de esos parámetros del nuevo mundo.

Y hay dos que implican cambios seculares, puntos de inflexión históricos: la globalización de una parte y el ascenso de Asia por otra, ambos claramente enlazados. La primera comenzó en 1989 con la caída del Muro de Berlín, del llamado por Churchill “Telón de Acero”, que dividía Berlín, Alemania, Europa y el mundo todo, en dos áreas políticas y militares (OTAN-Pacto de Varsovia) pero también económicas y sociales (COMECON- economías de mercado). Áreas que a partir de 1991 se unifican en un solo sistema social caracterizado por el doblete institucional del Estado democrático de Derecho como forma política dominante, y la economía de mercado como forma económica dominante. Y tanto el uno como la otra siguen siendo dominantes a pesar de la crisis económica del 2007 y del relativo triunfo de modelos políticos autoritarios como el chino (el “consenso de Beijing”). Pero la globalización ha abierto fronteras, por ellas se ha iniciado una imparable difusión de tecnologías duras y blandas, la productividad ha crecido en el mundo “emergente” y tiende a homogeneizarse con la del viejo Occidente, y el resultado es que se ha desatado una revolución económica, que podemos denominar sin pudor la Segunda Revolución económica mundial, sin parangón desde la Revolución Industrial, la segunda gran revolución política y económica del mundo tras la de los siglos XVIII / XIX.

Sólo que esta es mucho más extensa, más intensa y mas rápida.

Es más extensa pues aquella afectó a no más de un tercio de la población del mundo (el mundo nor-atlántico más Japón, el viejo G8), y ésta afecta a todo el mundo, África incluida. Es mucho más intensa y profunda, pues altera más aspectos de la vida, afecta a más productos, procesos, hábitos o instituciones.

Un dato a no olvidar: en el 2.007 la población urbana del mundo había sobrepasado a la rural por vez primera en la historia de la humanidad, y nada hace cambiar más la sociedad y las personas que el tránsito rural-urbano (tendencia que continuará; la ONU estima que hasta el 70% de la población del mundo será urbana en el 2.050). Y sobre todo, la actual revolución es mucho más rápida que la Revolución Industrial: comenzó en 1989 con la caída del Muro de Berlín (o quizás antes, con las reformas de Deng Xiao Ping en China en 1978), pero tardará no más de treinta o cuarenta años en completarse, mientras que la Revolución Industrial tardó siglo o siglo y medio. Un ejemplo: a comienzos de la revolución industrial Inglaterra o Estados Unidos, entonces países líderes, necesitaban casi 50 años para doblar su PIB *per capita*; pero China o India lo hacen ahora cada nueve o diez años, y el primero de esos países lo ha hecho ya tres veces. Si el mundo cambió radicalmente como consecuencia de la Revolución Industrial, cambiará bastante más como consecuencia de esta nueva Revolución Económica.

Revolución que está haciendo pivotar el mundo desde un orden internacional clásico, westfaliano, inter-estatal, a algo nuevo: una sociedad mundial, la primera conocida en la historia.

Efectivamente, la globalización no es sino un alargamiento de las cadenas de interacción tal, que una acción concreta se ramifica en sus consecuencias y estas acaban dando la vuelta al mundo. Si pensamos en el árbol de líneas de acción que han debido confluir para que alguien disponga de un teléfono móvil en el bolsillo (o de un televisor, o de un automóvil), y nos remontamos desde el objeto mismo a las materias primas (el coltán, el silicio o el aluminio), a la fabricación de sus componentes (como las pantalla, el teclado o el chip), el ensamblaje, el transporte, el aseguramiento, las patentes y *copyrights*, la comercialización, y un larguísimo etcétera, comprendemos que vamos a dar la vuelta al mundo, y puede que varias veces, cruzando varias docenas de países. Y así, frente a una humanidad que ha vivido milenios encerrada en pequeñas unidades autosubsistentes de algunos cientos de personas, ignorando por completo la vida de todos los demás, por vez primera podemos decir con Terencio, pero ya sin metáfora alguna, *nihil humanum alienum a me puto*, nada humano me es ajeno, pues estoy conectado con todo de mil

maneras. La economía española está íntimamente conectada con la francesa, y la alemana y todas ellas con la americana o la china; y las economías dependen a su vez de la geopolítica (de la energía y las materias primas, por ejemplo), y esta de la tecnología, y así sucesivamente. Hoy disponemos de una economía-mundo, una política-mundo, un terrorismo-mundo, una ciencia-mundo, una moda- y un arte- mundo. Todo está conectado con todo. El dato radical es este: las sociedades en que vivimos son todas sociedades abiertas, y cuando todas las sociedades son abiertas las unas a las otras es porque ya sólo vivimos en una única sociedad mundial y la palabra “humanidad” no es una abstracción o un constructo sino una realidad empírica.

Pero frente a esa única sociedad mundial que emerge poderosa a toda velocidad, que salta por encima de las fronteras, y que tiene problemas globales, la arquitectura de la política sigue basada en la vieja organización de Estados, competentes sólo sobre su población y su territorio, Estados soberanos que siguen articulando el orden político mundial, mal llamado internacional pues en realidad es inter-estatal, ya sea la ONU, la UE, la OTAN o el MERCOSUR. Tenemos así, de una parte, problemas nuevos, que sólo pueden ser abordados a nivel global, mundial, o al menos regional. Desde el calentamiento global o la gestión de los recursos naturales a los movimientos de capital o las emigraciones, pasando por el terrorismo internacional, la proliferación de armas de destrucción masiva o la delincuencia internacional, emergen problemas nuevos que superan la capacidad individual de los Estados, incluso de los más poderosos. Pero, de otra parte, no emergen las instituciones políticas globales o regionales que deberían poder abordar esos problemas, y nos limitamos a generar respuestas *ad hoc* poco o nada institucionalizadas, bien sean G8 o G20, cumbres o grupos de Estados (triadas o cuartetos) que asumen la tarea de lidiar con este o aquel problema.

Y por la brecha abierta entre unos problemas globales y unas soluciones todavía locales (los Estados territorializados), lo que se cuele es un inmenso desgobierno global del cual la crisis económica del 2007 es sólo un ejemplo. Globalización y desgobierno empiezan a ser términos paralelos, al que los proyectos de reforma de la ONU (como el de Kofi Annan, fracasado) o la creación de pseudo-organismos como el G20 tratan malamente de parchear. El

mundo globalizado es mucho más prospero e incluso mas justo, aunque Occidente piensa lo contrario, pero es también mucho más inestable e ingobernable. Y nuestro principal, problema no es que haya problemas, pues siempre los ha habido; nuestro principal problema es que no tenemos instrumentos para abordar los problemas.

Finalmente, junto a la nueva Revolución Económica y la unificación / homogeneización / globalización, el tercer dato radical de nuestro presente es la emergencia de nuevas grandes potencias de las que China es, no sólo el ejemplo, sino el líder. Y que mueven el centro de gravedad del mundo del viejo espacio atlántico euroamericano al espacio del Pacífico, directamente al centro de Asia, hacia el Imperio del Centro.

La demografía es el destino, aseguraba Augusto Comte con buenos argumentos, y la causa final de casi todo. Pues bien Asia, con 4.100 millones de habitantes, es ya el 60% de la población del mundo y seguirá siéndolo durante buena parte del siglo XXI. Europa, con 733 millones (o la UE con 500), es una pequeña fracción, aproximadamente el 10% de la población del mundo, de modo que hay seis asiáticos por cada europeo. Y en las próximas décadas Europa no solo no crecerá sino que decrecerá, Asia lo hará moderadamente manteniéndose en el 60%, mientras África doblara su población desde los 900 millones actuales a 1.800 para el año 2050. Para entonces Europa toda será poco más del 7% o 6% de la población mundial, pero recordemos que llego a ser el 25% entre 1900 y 1940. Y hablamos de cantidad de población, no de calidad, pues la consecuencia del escaso crecimiento es el acelerado envejecimiento, con sus implicaciones sobre gasto sanitario y pensiones, pero también sobre vitalidad e innovación ¿Es posible una sociedad dinámica y emprendedora, con iniciativa, adaptable, la Europa del conocimiento y la innovación, si en ella hay dos abuelos por cada nieto?

En todo caso la consecuencia de esta demografía radicalmente asimétrica entre Occidente (*The West*) y el Resto (*The Rest*), sumada a la Revolución Económica Mundial, es la emergencia de nuevas potencias económicas, que se doblan de potencias militares y estratégicas. Hablo por supuesto de gigantes como China o India, países con más de mil millones de habitantes, literalmente “civilizaciones disfrazadas de Estados“(la expresión es de

Huntington). Un país “normal” tiene 30, 40, 60 millones de habitantes. Cuando tiene 300, como Estados Unidos, es ya otra cosa, que quien conoce ese país ha podido apreciar. Pero cuando hablamos de 1.000 o 1.300 millones, con miles de años de historia propia a sus espaldas, estamos ante Objetos Políticos No Identificados cuyo comportamiento es impredecible, pues los gigantes a veces hacen daño sin quererlo. Pero hablo también de otros países más “pequeños” pero enormes si se comparan con los viejos países europeos: Indonesia (228 millones de habitantes), Brasil (casi 200), Pakistán (170), Bangladesh (160), Nigeria (150), Turquía (80). Es la Gran Convergencia del Sur y del Este hacia el Norte y el Oeste tras la Gran Divergencia (K. Pomerantz) causada por la Revolución Industrial, sólo que ahora el centro de gravedad del mundo vuelve a Asia, donde ha estado durante varios cientos de años (I. Morris), probablemente hasta que a principios del siglo XIX Europa inició la Gran Transformación (Polany) de la Revolución Industrial.

China es ya la segunda economía del mundo que puede alcanzar a la de los Estados Unidos en un par de décadas como mucho. La India es la cuarta, Rusia la sexta, Brasil la octava, México la onceava, Corea del Sur la duodécima (por delante de España, que ha descendido de la posición 8ª a las 12ª en pocos meses). Indonesia y Turquía están llamando a la puerta en las posiciones 15ª y 16ª. Un crecimiento poderoso que ha puesto en marcha fuerzas productivas inmensas que necesitan recursos de todo orden. China o la India son gigantescas aspiradoras de recursos, ya sea petróleo o gas, soja o cobre, acero o agua, de modo que estamos entrando a toda velocidad en escenarios neo- malthusianos en los que la demanda de naturaleza crece más rápido que la oferta, al menos en el corto plazo y dada la tecnología existente (pues no debemos cometer de nuevo el error de Malthus de menospreciar la tecnociencia). Y el poder económico se dobla en poder político y militar. China gana ya más votaciones en Naciones Unidas que Europa, cuando hace un par de décadas era al contrario. Y China o India, con ejércitos que son ya inmensos (de mas de 2,5 millones de hombres el de China), y nuclearizadas, están construyendo aceleradamente Armadas oceánicas para asegurar las rutas de suministro de sus recursos a través del mar del Sur, sin olvidar el control del espacio (e India se propone llegar a la Luna). Pero no son los

únicos, pues la militarización de un país acelera la de los vecinos, y así, si la inversión en armamento china ha crecido casi un 200% en la última década y la de India lo ha hecho en un 55%, la de Rusia ha crecido un 83%, la de Arabia Saudí un 63%, la de Corea un 45%, la de Brasil un 30%. Sólo Europa occidental en su conjunto se mantiene estable en algo menos de 300.000 millones de dólares, menos de la mitad del presupuesto americano.

La economía es un juego de suma positiva, todos podemos ganar. Y el crecimiento económico del Sur y Este no tiene por qué generar perjuicios en el Viejo Mundo. Pero el poder político y militar se mide en relaciones y comparaciones de fuerza y es un juego de suma negativa: si uno gana poder es porque otro lo pierde. Por ello, este cambio significa claramente una pérdida de relevancia, de poder, del viejo Occidente y, singularmente de Europa. Durante más de trescientos años la historia del mundo, la historia de América, de Asia o de África, se ha escrito aquí, en El Escorial o Lisboa, en Londres, París, Berlín, más tarde en Washington. Eso ya no es así; Europa se suicidó en dos “guerras civiles” (S. Zweig, las dos Guerras Mundiales) y la consiguiente pérdida de sus Imperios coloniales. Y de hecho, entre 1945 y 1991, Europa fue territorio colonizado por potencias periféricas, por Estados Unidos o la Unión Soviética, incapaz de controlar su propio destino. Pues bien, la pregunta ahora es si en los próximos siglos Europa será capaz al menos de controlar su propio destino o, como le ocurrió al resto del mundo antes, ese destino se escribirá en Beijing u otro lugar. Lo que los historiadores han llamado la Era de Europa, que comenzó con las grandes navegaciones de altura de los *iberian pioneers* (Toynbee), ha tocado a su fin, y el puente de mando de la humanidad se mueve de nuevo hacia el oeste saltando ahora el océano Pacífico.

Debe destacarse sin embargo que, junto a esta acelerada pérdida de centralidad política y económica de Occidente, se ha producido una no menos poderosa occidentalización institucional y cultural, otra Gran Convergencia que afecta ahora, no al *hardware* de la humanidad sino a su *software*, a su cultura inmaterial. Gilles Lipovetsky se pregunta: “eclipse del europeocentrismo, ¿significa des-occidentalización del planeta?”. Y responde: “miremos donde miremos, modernizarse es todavía, en cierto modo, occidentalizarse”. Y añade que, contra Samuel Huntington, quien afirmaba que “la civilización occidental

es única, pero no universal”, el sostiene que “es única y universal”. Y la causa es una “occidentalización estructural”, de la “forma” más que del contenido, que no impide cierto mestizaje, cierto toma-y-daca, aunque en un marco de “intercambio asimétrico”; lo que hace tiempo yo llamé un “gazpacho civilizatorio”.

Y así, la globalización ha cabalgado a hombros de tres complejos institucionales, todos ellos producto europeo, dos de ellos ya mencionados. En primer lugar la forma Estado y, más en concreto, el Estado democrático y de Derecho como forma de organización política hegemónica, y hoy no hay rival alguno a lo que llamamos democracia (la primavera árabe es la mejor prueba de ello), y menos aún al *rule of law*, al Estado de Derecho, aunque su efectividad sea en muchos lugares discutible. En segundo lugar la economía de mercado como modo de producción, no ya dominante sino hegemónico, e incluso en estas horas de crisis profunda del capitalismo, es indiscutible no ya en USA o la UE, sino en Rusia o China. Y en tercer lugar la ciencia o, para ser más precisos, el complejo de ciencia y técnica, la tecnociencia como forma cultural dominante (y ya lo anunció Veblen en 1900): la ciencia es la forma cultural dominante y hegemónica, y de nuevo no hay legitimidad alternativa al discurso científico, que es lo más próximo a la Verdad de que disponemos. Democracia, Mercado y Ciencia, formas institucionales modernas de la política, la economía y la cultura, son hoy la columna vertebral institucional de todo el mundo, no ya sólo del viejo Occidente Europeo.

Pero aun hay más en ese legado europeo al mundo nuevo, lo que vengo llamando el *acquis occidentale*, que es ya patrimonio de la humanidad. Pensemos en las formas artísticas, ya sea la pintura, la música, el cine, pensemos en la arquitectura o el urbanismo (y por lo tanto en las formas de vida cotidianas), pensemos en el consumo, en la moda, pensemos finalmente en los miles de lenguas nativas que desaparecen aceleradamente, sustituidas casi siempre por lenguas occidentales.

Pondré dos ejemplos. Uno: hoy hay en China más de 40 millones de niños estudiando piano. Es el llamado “efecto Lang Lang”, un conocido pianista chino que ha alcanzado un inmenso reconocimiento internacional y en su propio país. Pues bien, ¿qué música tocan esos millones de niños chinos? Por supuesto

tocan a Bach, Chopin o Ravel. Y dos: los dos pintores que han ingreso más dinero por sus obras en el año 2011 han sido chinos, cotizando por delante de Picasso o Andy Warhol. Es más, de los 11.000 millones de dólares de ingresos que generó este mercado el año pasado, China representó el 39% de las ventas. En 2010 su cuota era ya del 33%. EEUU, que ocupa el segundo puesto, ha pasado del 30% al 25%. Hablamos de pintura, de cuadros, pintados por chinos, pero la forma-cuadro, como la forma-cine o la forma-rascacielos, son formas occidentales. No caminamos hacia un mundo multicultural, al contrario, eso es la superficie. Hay una acelerada convergencia hacia la cultura occidental, trufada aquí y allá de elementos nativos, de modo similar a como Japón (el primer país oriental que se occidentalizó) o Corea del Sur, se han occidentalizado, y hoy tienen más en común con Canadá o con Alemania que con el Japón del shogunato Tokugawa previo a la occidentalizadora Restauración Meiji en 1867. Europa ha perdido la batalla del poder pero ha ganado la batalla de la influencia, y en ese sentido se ha producido una muy relevante (y paradójica) europeización del mundo.

MIRANDO AL ESTE

En todo caso Globalización, Gran Convergencia Económica Mundial y giro a Asia, son sin duda los grandes procesos de alcance mundial que marcan el siglo XXI. Procesos de los que se deducen numerosas consecuencias. Y quizás la primera es que, del mismo modo que el mundo todo giró hacia Europa a mediados del XIX, y hacia Estados Unidos a mediados del XX, está actualmente girando hacia Asia, que se transforma en el polo atractor de todos los intereses y todas las miradas. Giro hacia el oeste que es general pero nos interesa especialmente por lo que afecta a las dos Américas, norte y sur.

Pues junto a la emergencia de China la segunda gran dinámica geopolítica es la reorientación de los Estados Unidos, una reorientación de la que el presidente Obama (el primer presidente negro de los Estados Unidos, sí, pero, sobre todo, el primer presidente asiático, nacido en Honolulu y criado en Indonesia), es causa y efecto. Con la caída de la Unión Soviética en 1991 los Estados Unidos perdieron interés en Europa que dejó de ser el escenario de la Tercera Guerra Mundial y, por lo tanto, su problema estratégico y de seguridad

central, y el redespliegue de tropas fue la primera consecuencia. Pero la campaña de Afganistán primero, y la de Irak después, sentaron un nuevo espacio de interés estratégico en la lucha contra Al Qaeda, al tiempo que certificaban la debilidad de Europa para cooperar con su aliado americano, ya manifestada en el conflicto de los Balcanes y reiterada en la guerra de Libia. Bien por falta de voluntad, bien por falta de capacidad, bien por ambas cosas al tiempo, la UE y sus países han preferido seguir siendo *free riders* (gorriones) del paraguas de seguridad ofrecido por los americanos, abandonándose a su destino, pero pasando así a ser de escaso interés para los propios Estados Unidos. Así pues, Europa ha dejado de ser un problema para los americanos, lo que es bueno, pero no ha pasado a ser parte de la solución de los problemas que tiene en otros lugares, lo que es malo, y de ahí el desinterés y la creciente irrelevancia europea. En este contexto no podemos pasar por alto el discurso pronunciado por Robert M. Gates el 10 de junio del 2011 en Bruselas, cuando todavía era Secretario de Defensa de USA, una suerte de *farewell to Europe*, de Adiós a Europa, por parte de quien ha sido nuestro principal aliado durante todo el siglo pasado. Discurso en el que, tras señalar que “actualmente, tan sólo cinco de los 28 aliados (de la OTAN): EEUU, Reino Unido, Francia, Grecia y Albania, superan el acuerdo del 2% del PIB para gastos de defensa”, añadía:

“En lo que a Europa respecta, durante la mayor parte de estas seis décadas han sido relativamente pocas las dudas o el debate en Estados Unidos sobre el valor y la necesidad de la alianza transatlántica. Los beneficios de una Europa unida, próspera y libre, tras haber sido devastada dos veces por unas guerras que requirieron la intervención norteamericana, resultaban evidentes. Por lo tanto, para la mayoría de los gobiernos estadounidenses de la Guerra Fría se podían justificar las inversiones de defensa y las costosas bases avanzadas, que constituían aproximadamente el 50% de todo el gasto militar de la OTAN. Pero unas dos décadas después de la caída del Muro de Berlín, la cuota de EEUU para gastos de defensa de la OTAN se ha incrementado ahora en más de un 75%; en un momento en el cual se están considerando en nuestro país recortes presupuestarios y de prestaciones políticamente dolorosos.

La cruda realidad es que habrá una disminución del apetito y la paciencia en el Congreso de los EEUU —y en el cuerpo político estadounidense salta a la vista— de gastar unos fondos cada vez más preciosos en nombre de unas naciones que, por lo visto, no están dispuestas a dedicar los recursos necesarios o hacer los cambios oportunos para ser unos socios serios y capaces en su propia defensa....

En efecto, si las tendencias actuales de disminución de las capacidades de defensa europea no se paran y se cambian totalmente, los futuros líderes políticos de EEUU —esos para quienes la Guerra Fría no fue la experiencia formativa que ha sido para mí— probablemente no tengan en cuenta que el rendimiento de la inversión de EEUU en la OTAN valga su costo”.

¿Qué hará Europa, que haremos nosotros los españoles, si el paraguas de seguridad norteamericano, que nos ha protegido en el Este, pero también en Oriente Medio y en Marruecos, desaparece?

Pero algo similar ocurre también en la relación entre Estados Unidos y América Latina. Espacio estratégico de confrontación este-oeste, como se vio en la crisis de los misiles de Cuba, en Chile o en Nicaragua, la democratización de América Latina y su posterior crecimiento económico hacen que haya dejado de ser un problema estratégico para los Estados Unidos, que se desentienden de la región, su “patio trasero”. Sólo Brasil (como gran potencia emergente) y Cuba y México (como problemas de política interna más que externa), siguen ganando su atención.

Y mientras, emergen otras áreas que son hoy prioridades en la agenda estratégica norteamericana. China, por supuesto, la gran potencia competitiva de Estados Unidos, que es además su principal banquero. Y por otra parte, AFPAK (la mezcla de la guerra de Afganistán, el islamismo radical, un Pakistán nuclear en conflicto con una India nuclearizada, las viejas tensiones de Cachemira, y las fronteras de unos y otros con China), que dibujan lo que es probablemente el mayor riesgo de seguridad del mundo en esta década.

Así pues Estados Unidos ha dejado de mirar a Europa y sólo se interesa por ella en la medida en que puede deteriorar más aun su delicada situación económica. Y deja de mirar a su viejo “patio trasero” latinoamericano, que puede empezar a organizarse al margen del gran vecino del norte.

Todo ello marcado por el declinar relativo de la indiscutible hegemonía americana, que alcanzó su punto más álgido en el llamado “momento unipolar” (1989-2001), la década prodigiosa, los *roaring nineties* (Stiglitz) en los que, acabada la amenaza soviética, nada enturbiaba la paz americana. Pero desde entonces hemos caminado hacia una clara bipolaridad China-USA, sin duda todavía asimétrica. Quizás también hacia una “apolaridad” (R. Haas) o hacia un “GCero” (N. Roubini, I. Bremmer), pues parece que no hay nadie en el puente de mando de la humanidad. El mundo, en todo caso, no lo administran ya los Estados Unidos sino una clique de grandes países articulados alrededor del G20, cuyo núcleo duro es, a su vez, una minoría de no más de media docena (USA, China, India, Rusia, Inglaterra, Francia, Alemania, Brasil, África del Sur), pero cuyo núcleo duro es, a su vez, la bipolaridad China-USA, la gran potencia declinante y la gran potencia emergente, el gran acreedor y el gran deudor, una potencia continental y otra marítima, que no pueden no entenderse, de modo que uno y otro son la referencia recíproca entre sí y para el resto del mundo.

Lo que emerge pues es un escenario claramente “neo-westfaliano” de equilibrio de poderes (otra paradójica “europeización” del mundo), en el cual hay muchos europeos pero muy poca Europa, muy poca UE, que ni está ni es esperada. Casi nadie cree ya en una “política exterior europea”, promesa del Tratado de Lisboa destruida conjuntamente con la crisis del euro que, a su vez, pone en serio entredicho la idea misma de la UE como “poder económico”. Sondeos internacionales realizados antes del 2007 acreditaban que sólo los europeos creían ya en la UE como poder global, cuya imagen no ha hecho sino deteriorarse desde entonces. Se desdibuja la UE, sin duda por voluntad de los mismos líderes que deberían darle cuerpo (Sarkozy, Merkel, Cameron), y en ese espacio vacío emergen de nuevo las viejas naciones (Francia, Alemania, Inglaterra), países que, por disponer de una potente política exterior (dos de ellos con veto en el consejo de seguridad de la ONU) no necesitan tanto de la UE como sujeto internacional.

Tres datos más ayudaran a dibujar el radicalmente nuevo escenario internacional con el que se abre el siglo XXI. El primero es el retorno de Rusia a su tradicional área de influencia, como se puso de manifiesto en la guerra de Georgia del 2008 o en las presiones sobre Ucrania o la misma UE (singularmente Alemania) utilizando la palanca de la energía. En segundo lugar, la gran incertidumbre abierta por la primavera árabe en el mundo islámico, incluido el Magreb, que tras unos meses de esperanzada ilusión tiene hoy un desarrollo inquietante. El tercero es el desvanecimiento de las Naciones Unidas, un parlamento westfaliano de representación de Estados soberanos, unos Estados unidos, adecuado para dar respuesta a los problemas internacionales de mediados del siglo pasado pero claramente inadecuado para gestionar el mundo del siglo XXI, y cuya reforma es escasamente viable.

Estamos pues claramente ante un “nuevo mundo” en todas sus dimensiones, en el que los países que fueron centrales han dejado de serlo y otros pasan a ocupar posiciones de vanguardia. Lo que no deja de ser una ironía para nosotros los españoles, que nos re-incorporamos a Europa pocos años antes de que esta dejara de ser el centro del mundo, y nos re-incorporamos a Occidente justo cuando este acelera su declive.

EN EL PUNTO CERO DE UN NUEVO CONSENSO ¿QUÉ HACER? PRESENCIA GLOBAL PERO NO POTENCIA GLOBAL

¿Cuál es la posición de España en este nuevo mundo? ¿Qué podemos hacer? Comencemos por explicitar los parámetros básicos: posición y tamaño. Pues si atendemos de nuevo a Montesquieu debemos comenzar señalando que nuestra geografía es hoy de marcada marginalidad. Y es curioso constatar cómo los países que estuvieron en el centro geográfico del mundo porque iniciaron las grandes navegaciones de altura y la expansión occidental (y, junto con ellas, los actuales mapas del mundo) y hablo, por supuesto, de Portugal, el Reino Unido y España (la península Ibérica y las Islas Británicas, por retomar la referencia geográfica), pasan hoy a ser el “extremo occidente” del continente asiático y del mundo tan pronto como hacemos el saludable ejercicio de situar en el centro del mapa a Asia. Pensemos que, para llegar a China desde España debemos recorrer literalmente medio mundo, bien saltando a través de

dos vastos océanos, bien siguiendo la vieja ruta de la seda en sentido contrario cruzando todo el inmenso continente euroasiático desde un extremo al otro. Una geografía que tiene su consecuencia histórica: a pesar de que España fue el primer país occidental en navegar por el Pacífico (el Mar del Sur), incluso con regularidad (el Galeón de Acapulco a Manila que comerciaba productos chinos), nuestra presencia en ese continente fue escasa, limitada a las Filipinas y algunas islas del Pacífico, y quedó cancelada por completo en 1898. Nuestro retraso en incorporarnos a la Revolución Industrial o a la historia de la ciencia y la tecnología así como nuestra ausencia de la historia moderna del mundo (de las dos Guerras Mundiales), abonan igualmente el dato del casi total desconocimiento de España en Asia, ya hablemos de Japón, de China, de la India o de otros países. Ignorancia solo rota recientemente por algunos éxitos deportivos o algún acierto azaroso (Barcelona a raíz de las Olimpiadas y el éxito de Gaudí en Japón). Un hecho indiscutible que, sin embargo, no tiene por qué ser enteramente negativo pues esa ausencia implica que no hay agravios ni resentimientos históricos, como sí existen con las viejas potencias coloniales. No somos conocidos ni apreciados, pero tampoco somos rechazados.

Lejos de Asia, como siempre, pero también como siempre cerca del Islam, cuyo renacer nos fuerza de nuevo a ser frontera sur, ya no de la cristiandad, realidad religiosa más que política, pero sí de Europa y de Occidente. Una frontera que es al tiempo religiosa y cultural, pero también económica y social, como veíamos. Frontera no formalizada, con numerosos puntos de tensión, frontera sur de una Europa que mira al norte y al este y que, después de la ampliación, movió su centro de gravedad en esa misma dirección. De modo que si Europa es periférica al nuevo mundo, nosotros lo somos a la Europa de 27.

Posición marginal pero sin embargo presencia relevante, como muestra el Índice Elcano. España es todavía un país relativamente grande al menos en el marco europeo. El quinto en población después de Alemania, Francia, Reino Unido e Italia, el quinto también en PIB, pero el primero (junto a Francia) en territorio, y con escasa densidad de población. Una posición sólo disputada por Polonia, con una población y un territorio algo inferiores a los de España. Pero mirado en términos globales, y al igual que ocurre con todos los países

Europeos, somos un país mediano / pequeño en casi todas las dimensiones. Ocupamos el lugar 28º (junto con Colombia) en población, justo por encima de Ucrania y Tanzania. Por tamaño somos el 51º país del mundo, aproximadamente como Tailandia. En PIB éramos el octavo (y merecíamos estar en el viejo G8), pero a lo largo del año 2011 fuimos sobrepasados por tres de los BRIC (Rusia, India y Brasil), más Canadá, relegándonos al puesto 12º (y es seguro que seguiremos descendiendo hasta el 16º o 18º en pocos lustros).

Seamos realistas: España es una nación globalizada porque así se lo ha impuesto su tamaño y el fenómeno mismo de la globalización, y tiene una relevante presencia global, pero de ningún modo es una potencia global. Es, para ser más precisos, un país mediano, que es quizás la peor de las condiciones. Nuestra economía es una de las más abiertas y las empresas españolas han llevado a cabo una fuerte inversión en el extranjero hasta el punto de que más del 60% de los ingresos de las empresas del IBEX vienen del exterior y estamos sobre-expuestos a América Latina, que se independiza más y más y que no controlamos; tenemos una muy fuerte dependencia energética; un serio riesgo de seguridad al sur en el Estrecho; y necesidades enormes de financiación exterior. Al tiempo, nuestra moneda y nuestra política están ancladas en el marco de la UE, y nuestra defensa lo está en el marco de la OTAN. Dependencia exterior que previsiblemente irá a más, como estamos viendo en la actual crisis económica en la que lo único que empuja son las exportaciones. No es pues exagerado decir que el futuro de España está fuera de España, no dentro.

De modo que, como casi todos los países en un mundo globalizado, e incluso más que la mayoría, nuestra realidad social objetiva está abierta al mundo y depende por completo de él. Sin embargo, y al mismo tiempo, el peso objetivo de nuestro país en relación al entorno internacional, por no decir de los medios asignados a la acción exterior, a la seguridad y a la defensa, impiden objetivamente que España pueda calificarse de potencia global. Su capacidad de penetración, presencia e influencia en el mundo es muy desigual, tanto por temas como geográficamente. Si tuviéramos que definir alguna posición para España en el ranking de países del mundo, esa estaría, si somos optimistas,

alrededor del 10º en el mejor caso y, si somos realistas, más bien hacia el 20º, que es la posición que ocupamos en casi todos los indicadores *per capita* o cualitativos. Eso significa que estamos en la cola del pelotón de cabeza de los países del mundo, posición similar a la de países como Italia, Canadá o Polonia que, por una u otra razón, son conocidos y re-conocidos, pero cuyo peso específico es limitado. Y por eso tienen toda la razón los Ministros de Asuntos Exteriores cuando, en el artículo citado al comienzo de estas páginas, dicen estar “convencidos de que para ser influyentes fuera de nuestras fronteras, debemos ser fuertes internamente”, mencionando con anterioridad que “la salida de la crisis depende en buena medida de que España proyecte la imagen de un país pujante, políticamente estable, jurídicamente seguro y abierto al mundo”. “La prioridad número uno de nuestra acción exterior –añaden- no puede ser otra que la recuperación económica y la creación de empleo”. Esta ambigüedad (presencia global pero no potencia global) es la que refleja el Índice Elcano de Presencia Global que reiteradamente ubica a España en los primeros puestos de “presencia global” pero no en los de poder, ya sea este político o (menos aun) económico.

Esta es quizás la contradicción esencial y más importante de la actual coyuntura histórica de España. Que siendo un país enormemente dependiente del exterior, no tiene ni los recursos ni la capacidad suficientes para gestionar adecuadamente esa condición. Por decirlo de modo más rotundo: dependemos del exterior bastante más de lo que el exterior depende de nosotros. Lo que significa que no controlamos los parámetros de nuestra reproducción. Nos engañamos cuando pensamos que somos una “potencia media”, expresión que es ya en sí un oxímoron, casi como decir “es fuerte, pero no mucho”.

Añadamos que tenemos casi los mismos diplomáticos que hace treinta años (buena parte de ellos destinados en España), y el gasto público en el servicio exterior medido en % del PIB, es actualmente inferior al de países como Portugal o Turquía, con el resultado paradójico de que hay más representaciones diplomáticas extranjeras en Madrid que Embajadas españolas en el exterior. Un dato que no es azaroso pues, por razones históricas bien conocidas, España carece de la experiencia acumulada por otros países en la gestión de sus intereses exteriores y la opinión pública

ilustrada otorga a esa proyección exterior escasa relevancia de modo que la opinión pública general es muy insensible a esa problemática (por ejemplo, los sondeos de opinión muestran que el sector exterior es, junto a defensa, los dos gastos públicos que los españoles desearían ver disminuir, no incrementar). Hay así una segunda contradicción esencial entre las necesidades objetivas de España en política exterior, de una parte, y las demandas subjetivas que la sociedad española formula, de otra. No sólo dependemos del mundo sin que el mundo dependa de nosotros; además, no somos conscientes de esa dependencia. Tenemos un problema objetivo que se ve pues agrandado por otro subjetivo. Los españoles muestran un marcado desinterés por la política exterior y las relaciones internacionales, y exhiben, por el contrario, una actitud natural aislacionista, ensimismada, incluso endogámica y particularista, actitud que ha sido reforzada por la enseñanza impartida en el Estado de las Autonomías. Si ya la propia España resulta exótica, qué decir del resto del mundo.

De modo que España se encuentra en una situación donde se hace más necesaria que nunca una seria reflexión sobre sus ambiciones y el papel que quiere y puede desempeñar en la arena internacional. Nuestro problema es el típico de los países medianos. No podemos jugar a no molestar, a pasar desapercibidos, como los países pequeños, que pueden esconderse de la historia y que, en todo caso, saben que no pueden hacer otra cosa que sufrirla. Pero tampoco tenemos fuerza, como los grandes, para liderarla. Debemos jugar, no podemos no jugar, pero sabemos que podemos perder frecuentemente. Y la concusión es doble. De una parte, necesitamos aliados fiables, necesitamos cobertura; de otra, y como todos los débiles, tenemos que ser inteligentes, no podemos ser torpes. Ambas conclusiones apuntan a que España debe priorizar su política exterior, cosa que no ha hecho quizás desde los tiempos del Conde Duque de Olivares.

MULTILATERALISMO EXPECTANTE Y ESCEPTICO

Así pues, darle más relevancia a la política exterior, sí, pero ¿cómo? Nuestra mejor opción no es, por supuesto, políticas unilaterales, pues no tenemos fuerza para ello (aunque sí podríamos en algunos escenarios) . Tampoco es la

mejor opción una red de alianzas bilaterales, pues siempre saldremos perdiendo en un mundo dominado por grandes potencias, aunque como veremos, esta es una opción a considerar inevitablemente en ausencia de una política exterior de la UE. Nuestra mejor opción es, por el contrario, formar parte de una sólida alianza multilateral como la UE o la ONU, en un mundo multilateral sometido al *rule of law*. Es la mejor opción para España y la mejor opción para el mundo cuya gobernanza global se articulará alrededor de una red de alianzas multilaterales. ¿Podemos confiar en esas organizaciones, en la UE y en la ONU?

En principio este multilateralismo debería ser fácil pues los españoles apoyamos a la ONU con notable ingenuidad y somos además extremadamente europeístas; durante bastante tiempo, el país en el que la UE contaba con más apoyo. Esto está cambiando aceleradamente y puede dar un vuelco en cualquier momento. Pero siempre la hemos apoyado y esta ha sido (y es) una opción claramente bipartidista, parte del viejo “consenso” que todavía sobrevive. Por lo demás, si los países europeos pretenden tener un papel relevante en la articulación del mundo del futuro, todos deberían apostar por una UE fuerte con una política exterior y de seguridad fuerte. Y esto vale, no sólo para los países pequeños y medianos de la UE, sino también para los llamados “grandes”, que están dejando de serlo a toda velocidad. Pensemos que China tiene una extensión que es más del doble de la de toda la Unión Europea (casi 10 millones de km² de China, frente a 4,3 millones de Km² para la UE), con una población casi dos veces y media superior (1.300 millones frente a 500 millones de habitantes de la UE). Incluso Alemania es pequeña en una comparación global.

Desgraciadamente, hoy es evidente que no podemos confiar en que la UE será capaz de desarrollar una política exterior a la altura de sus necesidades o de las nuestras. No ya las posibilidades abiertas por el Tratado de Lisboa, ni siquiera las que abrió Maastrich y Niza, y ejecutó brillantemente Javier Solana, están a la vista. A estas alturas parece cada vez más claro que ese objetivo no es prioritario para los grandes países de la UE. Es más, para Francia o Inglaterra, pero también para Alemania, puede que les sea más provechosa una UE débil en política exterior que no interfiera con sus propias diplomacias.

Esta fue siempre la actitud del Reino Unido mientras Francia apostaba, por el contrario, a hacer de la UE el instrumento de su política exterior y poder jugar por encima de sus posibilidades. Pero la ampliación ha cambiado esas políticas, bien porque la toma de decisiones a 27 es inviable (y en ese sentido el Tratado de Lisboa no ha solucionado la cuestión), bien porque las decisiones a 27 no se ajustan a los intereses de los países grandes. Y la elección de Van Rompuy o de Catherine Ashton, personas mediocres y de escaso liderazgo, prueba que los actuales gestores de la UE no quieren una UE fuerte y prefieren seguir controlándola. Por supuesto al servicio de sus intereses y no de los de todos. La dinámica política de la UE estos últimos años, prácticamente desde el fracaso del proyecto de Tratado Constitucional con los referéndum francés y holandés, muestran una deriva re-nacionalizadora, con una creciente re-afirmación de las viejas naciones y de su nacionalismo, a costa del propio proyecto europeo. A cuya destrucción asisten los países pequeños, entre impotentes y perplejos. Y que la crisis económica, ya Gran Recesión, no ha hecho sino profundizar al definir un directorio franco-alemán como verdadera presidencia europea.

Y la pregunta es ya insoslayable: ¿es posible y realista “una” política exterior europea común que vaya más allá de lo que ha sido una práctica meramente “declarativa” sometida siempre a la regla de la unanimidad? La pregunta no tiene respuesta clara pero, considerando la diversidad de intereses económicos y políticos, el peso de la historia colonizadora de los países europeos y su variada proyección geográfica, no parece tarea fácil ¿Es razonable esperar que Francia “comunitarice” su política africana o árabe? ¿Puede Europa asumir la agenda latinoamericana de España? La experiencia muestra que la UE puede, en ocasiones (pero sólo en ocasiones), articular políticas comunes en escenarios concretos (Palestina, los Balcanes, Georgia), pero ¿es realista pensar en una fusión de los servicios exteriores de los 27 países o en una representación común en los organismos internacionales? Los países de la UE disponen de 30.000 diplomáticos en activo, casi el doble de Estados Unidos, y la ayuda al desarrollo es casi el triple que la de Estados Unidos. No faltan pues recursos sino voluntad e instituciones para darle cauce.

Déficit institucional interno que se dobla de inadecuación institucional externa pues el sistema de Naciones Unidas es muy anterior a la UE y no la contempla, y así debemos preguntarnos: ¿renunciarían Francia e Inglaterra a su posición permanente en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas a cambio de la presencia de la UE? Pero es todo el sistema de Naciones Unidas el que debería revisarse para dar entrada a la UE en lugar de / además de los Estados. En resumen, ¿puede la UE hablar con una sola voz, tener un solo teléfono al que llamar, como quería Kissinger? Y no basta con que haya un solo teléfono si este no responde porque están reunidos discutiendo. Europa tiene demasiada geografía, demasiada historia y demasiada cultura, y en el mundo, en los organismos internacionales o en las cumbres más variadas tenemos muchos europeos pero poca Europa.

España no es, sin embargo, el único país de la UE que necesita potenciar su política exterior y de seguridad, pues lo mismo sienten casi todos los del centro y este de Europa, de modo que deberíamos liderar una alianza de países medianos (Polonia, Hungría, eventualmente Italia) para generar peso que tire de los grandes en la dirección adecuada. Y en todo caso, actualmente hay varias líneas prioritarias en la política exterior de la UE que exigen definición. La primera es definir claramente su posición frente a Rusia y China (y hablar con una sola voz a los USA), especialmente la primera, evitando que la fuerte dependencia energética de la UE sea utilizada por Putin para dividir y enfrentar a los países europeos. En segundo lugar debemos oponernos firme pero tácitamente al ingreso de Turquía en la UE. Firmemente porque su ingreso nos llevaría al sexto lugar en la UE y reforzaría aún más la deriva del centro de gravedad de Europa hacia el este y nuestra marginalidad. Podemos discutir si Turquía es o no Europa, o si, aun no siéndolo, a la UE le interesa incorporar un país musulmán (como insisten americanos y británicos), pero en todo caso Turquía es demasiado grande (sería pronto el mayor país de la UE por población, con más de 80 millones de habitantes), es demasiado pobre, y plantea demasiados problemas en un momento demasiado complejo, de modo que necesita un traje a medida, no un ingreso simple y llano (Turquía gestiona 360 grados de problemas en todas sus fronteras). Oponernos firmemente sí, pero tácitamente, pues no hace falta asumir el liderazgo en este tema que nos

confronta con el Islam, cuando hay otros países europeos que lo van a hacer con mayor firmeza incluso.

En resumen, España debe apoyar todo lo posible la articulación de una sólida diplomacia y política exterior de la UE, para lo que esta cuenta con recursos más que suficientes. Pero no podemos confiar en el Servicio Europeo de Acción Exterior ni poner todos los huevos en esa cesta. Y por ello no tenemos alternativa: deberemos buscarnos la vida como podamos, más allá del marco de la UE. Este es el dato más radical de la posición de España a comienzos del siglo XXI: ante el nuevo mundo post-occidental y asiático que se abre, y ante el fracaso del proyecto europeo de política exterior, regresamos a un nuevo comienzo, en cierto sentido a un punto cero. Los españoles no tenemos alternativa: debemos repensar *ex novo* nuestra política exterior pues los pilares sobre los que esta se ha construido (primacía de Occidente y de Europa; hegemonía americana; relevancia de la UE) han sido barridos por la historia.

Por ello, al tiempo que apoyamos con todas nuestras fuerzas la articulación de una política europea exterior y de seguridad, nuestra mejor opción, debemos jugar como si esta no existiera, desarrollando una potente diplomacia bilateral, la clásica. Multilateralismo como objetivo pero, mientras tanto (y ese tanto puede ser muy largo), alianzas. Para comenzar, con las tres grandes potencias europeas, Alemania, Francia, Inglaterra, y especialmente la primera, de la que depende nuestro futuro económico. Después (y antes) con los Estados Unidos, que es y seguirá siendo el país hegemónico durante al menos medio siglo. En tercer lugar con algunos selectos países de América Latina, sobre todo Brasil, el gigante latinoamericano, y México, que con más de 100 millones de habitantes es país líder indiscutible de la comunidad hispanohablante. No es razonable que renunciemos a las Cumbres, pero sí que usemos de ellas para reforzar nuestras relaciones con los países que nos interesan. Finalmente, debemos reforzar las agendas bilaterales con los dos grandes países del Magreb, con Argelia y con Marruecos, jugando a dos bandas con el Sahara como instrumento.

Si la primera línea de acción es la política exterior de la UE para poder subsumirnos en ella, y la segunda es una potente agenda bilateral, la tercera debe ser apoyar un multilateralismo efectivo sí, pero detrás del liderazgo de los

Estados Unidos, único país que puede articular ese multilateralismo; cualquier alternativa a ese liderazgo es hoy por hoy un gran riesgo, y muy especialmente el de un frente UE-Rusia anti-americano que podría interesar a Alemania. Pero con cuidado, pues debemos tirar de Rusia hacia occidente ahora que ve las orejas a un poderoso vecino oriental. De hecho el ascenso de China y la catástrofe demográfica rusa (que deja toda Siberia desguarnecida) ofrecen una excelente oportunidad para llevar a Rusia de nuevo al bloque Occidental, donde estuvo en no pocos periodos de su historia. Podemos discutir si Turquía es o no Europa pero no podemos discutir que Rusia lo es, y ese dato no parece haber sido incorporado a la política europea, que arrastra no pocos tics heredados de la guerra fría (pero reflejos de los tics que arrastra la propia Rusia, que sigue sintiéndose “cercada” por el mundo libre).

“Europa debe dirigir la renovación del orden político multilateral”, afirma el reciente *Informe sobre la aplicación de la Estrategia Europea de Seguridad*. Pero ¿cómo concebir ese multilateralismo? ¿A través de que organismos? Aceptemos por razones de oportunidad la inevitabilidad de entes como el viejo G8 o el actual G20. Más vale esto que nada para intentar cubrir el déficit de gobernabilidad global, aunque tengamos que pagar el precio de una total opacidad en sus funcionamiento interno. Como organismo iniciador de políticas, que constata cuestiones, las incorpora a la agenda internacional y diseña líneas de acción, puede ser insustituible.

Pero no olvidemos que la floración de esos entes es consecuencia en buena medida del mal funcionamiento de los verdaderos organismos multilaterales, singularmente el sistema de Naciones Unidas. Y es indiscutible que, al menos en teoría, el núcleo de ese multilateralismo efectivo lo representan las Naciones Unidas, sin duda la apuesta clara de la UE: “El marco fundamental para las relaciones internacionales es la carta de las Naciones Unidas”, asegura la *Estrategia Europea de Seguridad*. “El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas tiene la principal responsabilidad en el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales. Fortalecer las Naciones Unidas...es una prioridad europea”, concluye el documento citado. Cierto. Pero lamentablemente la ONU, que es insustituible e imprescindible, es un mal instrumento.

Desde luego es imprescindible, no solo porque no tenemos alternativa alguna sino, sobre todo, porque la ONU es el único organismo formalmente competente para autorizar el uso de la fuerza, prohibido por el art. 24 de la Carta salvo en tres excepciones (legítima defensa, amenaza a la paz internacional y quebrantamiento de la paz internacional) que deben ser valoradas por el Consejo de Seguridad.

Pero la ONU, creada en la segunda post-guerra y alimentada en los años de la guerra fría, se aviene mal con un mundo globalizado. Y ello por tres sólidas razones. Para comenzar las Naciones Unidas no son tal, sino unos Estados unidos, un parlamento westfaliano de 193 Estados soberanos que abarcan desde Luxemburgo o Malta a China y la India, de absoluta desigualdad en todos los órdenes, salvo en Naciones Unidas. Una soberanía magnificada y casi fetichizada hasta hacer de ella la base del mismo sistema ONU. Nada pues de “soberanía limitada” ni del “deber de proteger”; al contrario, estamos en el Bodino de las Monarquías absolutas.

Por lo demás, a causa de la descolonización primero y la ruptura de la Unión Soviética después, el número de Estados casi se ha cuadruplicado desde la segunda guerra mundial, pasando de los 51 originarios al fundarse la ONU en 1945 a los 193 actuales. Una ampliación que ha ampliado también la diversidad interna, y así hoy nos encontramos con más de cien diminutos países, con menos de cinco millones de habitantes; sólo la India tiene una población equivalente a la de los 160 Estados más pequeños, aunque su peso en Naciones Unidas es similar. La ONU no es un parlamento sino un organismo inter-estatal; agrupa Estados, no personas, y no es un germen de democracia mundial como es usualmente percibida por la población.

Además, las Naciones Unidas carecen de fuerza que apoye sus resoluciones salvo que esta le sea proporcionada por quienes sí la tienen, que evidentemente lo harán en función de sus propios intereses. Las resoluciones de Naciones Unidas carecen de una fuerza de imposición y son papel mojado una y otra vez. No sólo Irak, también Israel o Sudán o Irán, pueden violar reiteradamente sus resoluciones sin temor alguno. De modo que es una máquina impotente y seguimos careciendo de una agencia de *law enforcement* internacional.

Finalmente, más problemático es aún el hecho de que, de los 193 Estados que la componen, sólo el 46% pueden ser considerados democracias verdaderas, otro 29% lo son de nombre y otro 25% ni lo pretenden. De hecho casi uno de cada tres humanos vive bajo regímenes despóticos de uno u otro signo. La declaración de la Carta de la ONU del respeto a los derechos fundamentales no puede ser llevada adelante por un organismo en el que, primero Siria y más tarde Libia, presiden la Comisión de Derechos Humanos, reformada en el 2006 para dar lugar al actual Consejo de Derechos Humanos, en el que se sientan sin rubor Cuba, China, Egipto, Arabia Saudita o Rusia. De hecho las Naciones Unidas son uno de los pocos organismos internacionales que no establece exigencia democrática alguna para ser miembro. Entes tan variados como la OTAN, el Consejo de Europa, la UE, la OEA, sí establecen esa exigencia; por el contrario el artículo 2.7 de la Carta garantiza la libertad de elección del sistema de gobierno de sus miembros, aunque recientemente, y con motivo de la *Declaración del Milenio*, se ha pronunciado por una clara preferencia democrática. Otra consecuencia de su carácter inter-estatal y el principio de soberanía de los Estados.

La ONU tiene legitimidad, pero no fuerza, y representa un multilateralismo inefectivo, impotente, impotencia que llama a las puertas y casi exige un unilateralismo, quizás ilegítimo, pero en ocasiones eficaz (por ej. en Kosovo o Libia). Mientras, los Estados Unidos son casi el reverso de la ONU: tienen fuerza pero no legitimidad, y representan así una unipolaridad, ilegítima sin duda (ej. en Irak) pero, en ocasiones, eficaz (ej. en los Balcanes o Libia) ¿Es posible sumar la legitimidad impotente de la ONU con la potencia ilegítima de los Estados Unidos, como ocurrió, por ejemplo, en la Primera Guerra del Golfo? O dicho de otro modo, y *a sensu contrario*, ¿cómo no sumar la impotencia de la ONU con la ilegitimidad de los Estados Unidos, como ocurre con mayor frecuencia?

Es evidente pues que la ONU requiere una reforma radical si debe servir para la gobernabilidad del mundo, pero ya fracasó una (lo intentó Kofi Annan) y probablemente fracasará cualquier otra que implique cambios radicales, vetada por alguna de las potencias que tienen esa capacidad. Pues si la India se incorpora al Consejo de Seguridad, como sería casi obligado, ¿cómo no va a

hacerlo Japón, que será vetado por China? Y si entra Alemania, ¿cómo no Italia, que será vetada por España? Y así sucesivamente. No es de sorprender que el desprestigio de la ONU sea hoy grande, y sólo los europeos parezcan tener confianza en ella. Así, preguntados los ciudadanos de nueve grandes países acerca de la si la ONU es o no actualmente un “poder mundial”, el 68% de los británicos y el 67% de los alemanes respondieron que sí, pero sólo lo hacen el 9% de los brasileños, el 12% de los rusos, el 21% de los japoneses, el 28% de los chinos y el 26% de los indios (porcentajes similar al de los americanos, por cierto: un 23%). Es más, preguntados de nuevo acerca de quién tiene un papel más importante para mantener la paz y la estabilidad en el mundo, la primera opción no es la ONU sino los Estados Unidos (52%), seguidos por las Naciones Unidas (41%), pero también por China (40%) y la UE (38%). Y si analizamos quién le otorga ese mediocre papel a la ONU (similar al de China o la misma UE) descubrimos, de nuevo, que son sobre todo europeos: 83% de británicos o 82% de alemanes, frente a un 10% de brasileños, un 18% de rusos o un 20% de indios.

En todo caso podemos trabajar al margen de la ONU a favor de un orden internacional pacífico y efectivo democratizando el mundo. La propia UE ha definido al Estado democrático nada menos que como la máxima garantía de gobernabilidad mundial: “la calidad de la sociedad internacional depende de la calidad de los gobiernos que son su fundamento. La mejor protección para nuestra seguridad es un mundo de Estados democráticos bien gobernados”, afirma con justificada rotundidad la *Estrategia de Seguridad Europea*. Puede que no sepamos cómo gestionar el mundo, pero sí sabemos que será mucho más fácil hacerlo si este se presta a una alianza de democracias que comparten, en lugar de confrontar, soberanías. Una tarea en la que España puede contribuir poderosamente en América Latina. Ya lo hizo y debe volver a hacerlo poniendo patas arriba la funesta política seguida por el ministro Moratinos de apoyo, no a las democracias, sino a los regímenes autoritarios.

Pero quizás podamos hacer que ese organismo sea algo más efectivo y funcione. Nuestra capacidad de acción es limitada, y nada es más peligroso que pretender competir por encima de nuestras posibilidades; ya hemos dicho que no podemos no ser astutos. Pero en la medida en que podamos, el

objetivo a largo plazo es conseguir (de nuevo) una sólida alianza de USA y la UE, una solida alianza atlántica, a la que hay que incorporar la tercera pata de Occidente, América Latina. Un sindicato que debe jugar dentro de los organismos internacionales ya existentes (en primer lugar en la ONU), pero para cuya creación la UE debe ser relevante. Hoy Europa no es solución para los problemas del mundo; es más problema que solución. Mientras no sea capaz de hablar con una voz única en organismos internacionales, formales o no, seguiremos en la situación de “demasiados europeos pero poca Europa”, que nos rebaja a todos.

ACTIVOS Y PASIVOS DE ESPAÑA EN POLITICA EXTERIOR

Pero, ¿cómo hacer todo esto? Lo enumeran con acierto los Ministros de Asuntos Exteriores en el artículo ya citado:

“Para proyectarse hacia el exterior, España cuenta con activos considerables. En primer lugar, la Corona, que proporciona la mejor representación de España como actor protagonista y de referencia de la comunidad internacional. También nuestras fuerzas armadas, que realizan una labor reconocida en defensa de la paz y la estabilidad internacional, así como de ayuda humanitaria a los países donde han sido destacadas. Otros activos son el resultado de las transformaciones que ha protagonizado España en las tres últimas décadas: una generación de empresarios acostumbrados a medirse con los mejores en todo el mundo...; un liderazgo claro en sectores tecnológicamente avanzados; la aportación cada vez más relevante de nuestra ciencia; y una apuesta firme por las políticas de cooperación al desarrollo y la erradicación de la pobreza en el mundo.... Pero también.... juega un papel fundamental nuestra proyección cultural, basada en la difusión de la cultura en español”.

Efectivamente, España cuenta con activos relevantes para hacer frente a los retos casi vitales que confronta. Algunos se pasan por alto con excesiva frecuencia, como es el contar con una ciudadanía madura, educada y culta, poco proclive a aventuras exteriores de ningún tipo y que valora la paz por

encima de muchas cosas; es la “cara buena” de una cultura política idiosincrática cuyo reverso es la tendencia al aislamiento y el desinterés por el mundo. Como también lo es el contar con un sistema político democrático que ha funcionado con razonable eficiencia y goza todavía de buena imagen, tanto dentro de España como en el exterior, aunque no está exenta de deterioro. Son sustentos básicos de cualquier política, pero también garantía, si no de aciertos, sí al menos de no cometer serios errores. Y buena prueba de todo ello es el giro de timón que la ciudadanía española dio en las elecciones del 2012, dando un fuerte manotazo a la deriva del gobierno de Zapatero y castigando duramente al PSOE.

Pero entrando ya en los recursos específicos para poder llevar a cabo una política exterior inteligente (“astuta” he escrito en un par de ocasiones; *smart power*, es una expresión ya acuñada entre analistas americanos), sin duda el primero es contar con los tres instrumentos clásicos, las tres D: Diplomacia, Defensa y seguridad, y ayuda al Desarrollo. Un estímulo positivo, la ayuda al desarrollo; un estímulo negativo, las fuerzas armadas; y una inteligencia (la diplomacia) para decidir cuando y cómo utilizar uno u otro.

España ha hecho un gran esfuerzo en ayuda al desarrollo situándose entre los países del mundo que dedican mayores recursos en cantidad absoluta y en porcentaje del PIB (aunque recientemente ha descendido del 0,43% del PIB en el 2010 al 0,29 en el 2011). Ciertamente se orienta sobre todo a América Latina, países de renta media, y que se trata de una política cuya efectividad está siendo muy discutida. Y dado el nivel de desarrollo de estos países es evidente que, de mantener los volúmenes habrá que orientarlos a otras regiones más necesitadas. Ello al margen de lo discutible que resulta vincular la ayuda a los intereses nacionales del donante. Mucho más efectiva como ayuda al desarrollo lo ha sido la emigración latinoamericana recibida durante la primera década del nuevo siglo, cuyas remesas sí tienen incidencia importante. Se trata además de una población que, desde España, contribuye poderosamente a crear imagen allí, y cuyos avatares son seguidos con natural interés por la prensa de sus respectivos países.

Respecto a la segunda D, la de defensa, debe destacarse la bajísima inversión que realizamos, que nos coloca en los últimos lugares del mundo entero,

consecuencia, a su vez, de la escasa “cultura de defensa” existente en nuestro país. Examinemos ambos apartados.

Pues la escasa inversión podía tener sentido mientras las prioridades económicas eran otras, España carecía de presencia exterior y el panorama internacional, tras la caída del muro de Berlín, podía permitir cobrar la prima de la paz. En tales condiciones la seguridad de España era, sustancialmente, la defensa de su territorio. Estas condiciones han variado sustancialmente, de modo que emerge una contradicción esencial entre nuestra voluntad de contar en el mundo y los recursos que a ello dedicamos. Del mismo modo que es perentorio un refuerzo del servicio exterior, es perentorio un refuerzo de los sistemas de seguridad y defensa.

No obstante, tan urgente como esa mayor inversión (si no más) es comprender que no se trata tanto de gastar más sino, sobre todo, de gastar mejor. La seguridad de España se va a canalizar a través de algún organismo multilateral (ya sea la OTAN o la UE), es decir, en cooperación con otros países; será pues defensa regional y no sólo nacional. Ello significa una especialización creciente de cada uno de los sistemas nacionales de seguridad, que en absoluto deben aspirar a cubrir, cada uno de ellos, la totalidad de las necesidades. Además, la actual revolución / transformación de los asuntos militares, resultado de la aplicación de la moderna revolución científico-técnica al viejo arte de la guerra, implica exigencias, capacidades y recursos radicalmente nuevos. De hecho, nada podría ser peor que un aumento de la inversión en defensa si esta no va acompañada de una radical revisión de las prioridades. Tal proceder sólo serviría para reforzar lo malo y caduco de modo que, más que avanzar en la reforma, se retrocedería. Establecer prioridades es pues, como siempre, prioritario, frente al simple incremento del gasto, hoy imposible.

En todo caso contamos con unas FFAA relevantes en volumen y en calidad, con una larga tradición que avala una buena imagen internacional. Cabe sin embargo dudar de su capacidad disuasoria, que es a la postre su principal tarea. La paradoja de la disuasión es que sólo quien está clara y terminantemente dispuesto y preparado a utilizar la fuerza no necesitará hacer uso de ella. De modo que, tan importante (si no más) que el volumen de fuerza es la voluntad clara de utilizarla y una nítida delimitación de las líneas rojas.

Que España dispone de un volumen de fuerza razonable para su tamaño es claro, y su capacidad de despliegue, operación y maniobra la ha demostrado en las numerosas operaciones de mantenimiento de paz realizadas las últimas décadas desde los Balcanes, Líbano, Afganistán o Somalia. Ciertamente que estas FFAA, perfectamente preparadas para defender el territorio de cualquier amenaza externa (sin duda improbable), no están preparadas para las nuevas amenazas propias de un mundo globalizado, para lo cual sería necesario contar con una fuerza de despliegue de dimensión europea (o mayor). A cuyo desarrollo España debe contribuir sin la menor vacilación. La política exterior europea, la diplomacia europea, carecerá (y carece) de credibilidad si no va acompañada de una capacidad disuasoria relevante, y algún país próximo (Rusia) ya le ha tomado la medida y conoce su corto recorrido. E incluso en el caso de que la UE decidiera finalmente asumir el reto de construir una fuerza armada de despliegue europea (lo que no es probable que ocurra próximamente, no sólo por la crisis económica, sino también por la oposición de buena parte de la opinión pública europea), eso llevaría décadas, no lustros, y mientras tanto la seguridad europea dependerá, como siempre desde 1945, del paraguas ofrecido por la OTAN, es decir, de los Estados Unidos y la alianza atlántica, hoy por hoy insustituible. De modo que aquí hay que decir lo mismo que decíamos sobre la política exterior europea: apoyemos sin vacilar unas fuerzas armadas europeas pero sabiendo que eso es un proyecto a medio/largo plazo y mientras tanto tendremos que contar, bien con nuestras propias fuerzas para cuestiones próximas, bien con la OTAN para todas las restantes.

Distinta y todavía más problemática es la voluntad de usar las FFAA pues, salvo el incidente del islote Perejil, y desde la Marcha Verde, no ha sido puesta a prueba de manera autónoma. Y ni aquellas jornadas, ignominiosas para las FFAA, ni la apresurada retirada de Irak abandonando aliados en el frente de batalla, ni el falso pacifismo de gobernantes que ocultan acciones de combate como “accidentes”, eluden pronunciar la palabra “guerra” o transforman a los soldados en “cooperantes”, ayuda a esa percepción de firmeza. Los soldados no están para hacer la paz sino para hacer la guerra, y eso, tan simple y tan sencillo, ha sido enturbiado perniciosamente. Nadie desea la guerra, por

supuesto, pero ocurre. Y cuando ocurre nada más noble y generoso que estar dispuesto a arriesgar la vida por defender valores esenciales como la libertad o la independencia, y para eso están las fuerzas armadas. Pues como señaló Hegel con lenguaje rotundo: sólo quien está dispuesto a arriesgar su vida por conservar la libertad merece ser libre; el otro es ya esclavo, aunque no lo sepa. Y por supuesto entre hacer la guerra y ganarla, y asentar la paz, hay numerosos grados y procesos para los que hacen falta desde fuerzas de orden público a cooperantes y diplomáticos en tareas cada vez más complejas. Pero cada cual debe saber su papel y la tarea del soldado es combatir. Enturbiar esa evidencia es debilitar la capacidad disuasoria y, en última instancia, hacer más (no menos) posible la guerra que se pretende evitar.

Finalmente, España cuenta con un servicio exterior, competente, con larga tradición (lo que significa memoria histórica y buenas prácticas y hábitos) formado por 129 embajadas y 193 consulados más 98 oficinas comerciales y 13 centros de negocio. Una diplomacia que sabe jugar bien en al menos tres ligas: la de la UE, la latinoamericana y, con mayor torpeza, la del Magreb. Pero poco o nada sabemos del resto del mundo. Nada, por ejemplo del inmenso e importante subcontinente indio; bien poco del África subsahariana, poco de Oriente en general, incluso poco de la Europa del este, incluida Rusia. Nuestra diplomacia tiene importantes lagunas que deben cubrirse especializando más a sus efectivos en el marco de la cada día más urgente reforma del servicio exterior. Que debe además re-orientarse desde la política a la economía, a la diplomacia económica. Y desde una concepción unilateral a otra multilateral, cooperando con la diplomacia de la UE allí donde no podamos llegar o no merezca la pena llegar.

En todo caso nuestro mejor embajador ha sido siempre el Rey y lo seguirá siendo en la figura del actual Príncipe, bien formado en temas internacionales, muy buen conocedor del mundo, con la mejor agenda internacional, e interesado en todo ello. El papel de la Corona como impulsor de las relaciones internacionales de España es simplemente extraordinario, contribuyendo igualmente a la buena imagen. Lo que la Corona representa son tres activos extraordinariamente importantes en las relaciones internacionales: en primer lugar, continuidad, largo plazo, estabilidad, por encima de los vaivenes

electorales; en segundo lugar moderación, prudencia, equilibrio; y en tercer lugar confianza, garantía, responsabilidad. La Corona proporciona bienes públicos que la democracia por sí sola no asegura. Si a ello añadimos que esa continuidad proporciona una red de relaciones personales que se extiende durante décadas, con toda la experiencia humana que ello permite acumular, comprenderemos que cuando se asegura que el Rey es el mejor embajador de España no se está utilizando una fórmula retórica sino constatando una realidad.

Junto a una diplomacia experta y una Corona que otorga un paraguas de credibilidad y de glamour, España goza de un buen *soft power*, de un “poder blando” de imagen global casi diría excelente, aunque enturbiado recientemente por la crisis de la deuda soberana. Hay cuatro elementos a destacar en ese *soft power* del que debemos tirar mano. El primero es negativo, nuestra ausencia en los conflictos del siglo XX, así como nuestra ausencia en las aventuras imperiales de los dos últimos siglos (con la única excepción de Marruecos) hace que España no tenga estereotipos negativos ni sea mirada con resentimiento u odio. Podemos resultar indiferentes, y de hecho lo somos en más de medio mundo (Asia y África), pero no hay malquerencia como sí la hay con otros países europeos. Sólo en algunos países latinoamericanos y en Marruecos podemos encontrar atisbos de esa malquerencia hacia el “conquistador”, figura en buena medida suavizada por la historia.

Esta buena imagen negativa rinde en términos de una buena imagen positiva, pues España tiene buena imagen, como ponen de manifiesto tanto los índices de reputación como los de posicionamiento. Que nos ubican usualmente en posiciones de cabeza, alrededor de la décima posición en rankings mundiales, aunque recientemente la “marca” España se ha deteriorado debido a la crisis económica y al efecto auto-cumplidor del calificativo PIGS. En cualquier caso no debemos confundir la “marca” España, que alude a la dimensión económica de España y de sus empresas y productos (el *Made in Spain*), con la “imagen” de España, una variable de múltiples dimensiones y en la que lo social y lo cultural siguen teniendo valores muy positivos.

Hay muchos componentes que ha contribuido a esta buena imagen general, pero para comenzar los países latinos mediterráneos son considerados como ejemplo y modelo de buena vida, humana y de calidad. Los estudios de imagen realizados ponen de manifiesto que los países se distribuyen en un eje que va de aquellos que son “buenos para trabajar” (como Alemania o el Reino Unido) a aquellos que son “buenos para vivir” (como Grecia, Italia o España). Muy pocos consiguen ser ambas cosas al tiempo (Francia es la excepción), pero todos los latinos son considerados países buenos para vivir: buen clima, buena comida, población simpática y alegre, ritmo de vida razonable, buena sociedad, en definitiva. España le añade a esa buena imagen cierto grado de seriedad y rigor que ha hecho de nosotros (en ocasiones) los “prusianos del sur” con un Estado relativamente eficiente comparado con otros países latinos, un grado aceptable de seguridad jurídica, excelentes infraestructuras y una sanidad destacada. En todo caso esa percepción de país amigable se ha visto reforzada por el estereotipo romántico de país orientalizante y pre-moderno, creado por los viajeros ingleses y franceses del siglo XIX, que ha contribuido poderosamente a nuestro posicionamiento como mercado, y la “marca”, el *Spain is different* de la propaganda de Fraga, tan eficaz a la hora de vender “sol y playa” y desatar las primeras oleadas de turistas, es una continuación de la imagen romántica de España, pero se ajusta a la visión de intelectuales e historiadores de un país “excepcional” y “distinto” en el marco europeo.

Una buena imagen, finalmente, marcadamente asimétrica, y que hace honor a la tesis de las dos culturas (C. P. Snow): muy positiva en términos de cultura, en casi todas sus dimensiones, pero inexistente o negativa en términos de ciencia y tecnología. La plástica española desde Velázquez, el teatro desde Lope de Vega, la literatura desde *El Quijote* (aunque esta sea con frecuencia latinoamericana, es asimilada a España), la arquitectura (con Gaudí), el inmenso patrimonio histórico artístico que cubre desde Roma y el Islam (la Alhambra es junto al Taj Mahal el mayor monumento arquitectónico musulmán), pasando por el románico, el gótico, el barroco, el renacentista, el neoclásico, hasta el modernismo y el *noucentisme* e incluso la “movida”. Que España es percibida como un país de gran cultura, comparable a Francia y el Reino Unido, y sólo superada por Italia, es algo que los estudios

internacionales ponen de manifiesto. Una percepción que puede y debe ser utilizada para recomponer la ya gastada imagen de “sol y playa”, positiva para el turismo y la “fiesta”, pero negativa a la hora de dar imagen de país serio y eficaz y tecnológicamente eficiente. El peso de la cultura española y sobre todo su profunda tradición humanista no nos permite presentarnos como modelos de técnica, ciencia o ingeniería (aunque la realidad en este terreno es sin duda mucho mejor que el estereotipo, y lo prueban los médicos o ingenieros españoles que se contratan masivamente para trabajar en otros países), pero sí nos eleva por encima de la imagen romántica pre-moderna y orientalizante: España es y ha sido siempre pieza esencial de Occidente y ese mensaje debe ser interiorizado antes de ser proyectado fuera.

Y la prueba de ello es, sin duda, Latinoamérica, la América latinizada y romanizada, la América incorporada a Occidente gracias a la tarea de los *iberian pioneers* (Toynbee) portugueses y españoles. Y hay ahí, en la Conquista / Colonización, un inmenso activo histórico que España debería saber recuperar con toda su grandeza, quizás el mayor activo de este país junto con la lengua: la conexión latinoamericana. A la que se sacará mayor rentabilidad cuanto menos insistamos en patrimonializarla asumiendo un liderazgo que ya pertenece a la historia. Latinoamérica ha saltado ya al escenario mundial y no necesita mediadores ni intermediarios. Brasil es una gran potencia que juega en la liga de grandes poderes a la que pertenecen sólo media docena de países, y sabe que está ya allí. Y si buscamos un país líder del mundo hispanohablante, sin duda México, con más de 100 millones de habitantes (que pronto serán cerca de 150), más otros treinta o cuarenta ocultos bajo la etiqueta de “latinos” en los Estados Unidos, merece ese reconocimiento. Latinoamérica puede ser para España algo parecido a lo que ha sido Estados Unidos para el Reino Unido. Pero eso significa (como saben los británicos), no liderazgo, sino, como mucho, liderazgo compartido y, en realidad, seguidismo.

Pero ciertamente, y como se reitera con frecuencia, el gran activo español, emparentado pero distinto de la cultura, es la lengua castellana, el español. Hablada por más de 500 millones de hablantes, hegemónica en Latinoamérica, lengua oficial de 21 países, segunda lengua internacional y con una profunda

penetración en los Estados Unidos (que es ya país bilingüe), el español ha pasado de ser una lengua culta y de interés puramente expresivo, a ser una lengua instrumental que interesa por razones comerciales o laborales. Y sin duda el éxito del Instituto Cervantes es consecuencia y causa de ese éxito actual de la lengua española, que es estudiada como primera lengua extranjera en Estados Unidos o Brasil, y como segunda lengua en numerosos países del mundo (aunque no tanto en Europa).

Debe destacarse sin embargo que si la coyuntura actual del español es muy positiva, la situación puede empeorar en las próximas décadas, y no debemos dejarnos seducir por otro “milagro”, éste atribuido al castellano. Efectivamente, la dinámica demográfica del mundo impulsa regiones como Asia y, sobre todo, África, donde el español está prácticamente ausente, mientras otras lenguas occidentales (el inglés, por supuesto, pero también el francés o el portugués) sí se beneficiarán de ese crecimiento. Más aún si se tiene en cuenta que el español ha alcanzado su potencial de crecimiento en todos los países donde es ya lengua oficial (es hablado por más del 90% de la población), y su casi único potencial de crecimiento relevante son los Estados Unidos y Brasil, ambos como segunda lengua. Por el contrario, inglés, francés y portugués son frecuentemente *linguas francas* de países multi-linguísticos, en los que es seguro que van a desaparecer lenguas nativas minoritarias sustituidas casi siempre por lenguas occidentales. De modo que si España quiere sacar partido al activo del español para proyectarse en el exterior debe hacerlo ya sin perder tiempo, aprovechando la actual coyuntura. Ello exige en todo caso, y más en tiempos de crisis económica, inventar nuevas fórmulas de gestión más próximas a la privada (y quizás a las franquicias) que a la función pública. El Instituto Cervantes debe innovar radicalmente su gestión para abrir, no cinco sedes al año (lo que es un éxito en las condiciones actuales), sino cincuenta o cien.

Mencionaré finalmente otros tres activos importantes, sin pretender agotar la lista de los existentes. Los tres se refieren a activos humanos, a capital humano, que en los últimos años ha ido adquiriendo protagonismo. El primero, sin duda, está formado por la elite empresarial española que ha sabido pilotar una poderosa internacionalización de muchas empresas aprovechando oportunidades primero en América Latina (cuando nadie creía en ella), después

en Europa, finalmente en Estados Unidos, de modo que por vez primera contamos con un elenco de multinacionales españolas que son otras tantas “marcas” reconocidas que nos identifican. Un buen hacer empresarial que es causa y efecto de una excelente conjunto de escuelas de negocios que, ante la sorpresa de propios y extraños, se han alzado a los primeros lugares de los rankings internacionales. Hoy empresas como Telefonica, Santander o BBVA, Inditex o tantas otras son “marca España” tanto como el mismo *Made in Spain*, y las dos marchan juntas, para bien a veces, para mal otras. Empresas que, a diferencia de los aparatos políticos (ya sean partidos o sindicatos), siempre cortoplacistas, sí viven en el mundo y tienen una clara visión de las nuevas realidades, por lo que su percepción es mucho más realista que la de la mayoría de los políticos.

Junto a los equipos empresariales, los equipos deportivos o los atletas individuales han llevado la bandera (ahora literalmente) a todos los podios. Ya sea en fútbol o baloncesto, ya sea en tenis o golf, ya sea en carreras de motos o de coches, el deporte español está presente, muy por encima de lo que es el tamaño del país. Si ocupamos lugares naturales próximos al veinte en casi todos los rankings es evidente que en deporte jugamos por encima de lo que se podría esperar de nosotros. Se trata además, en estas últimas generaciones de personalidades ejemplares, de enorme sencillez pero gran capacidad de esfuerzo y con un poderoso liderazgo carismático, con quienes es fácil empatizar, y que por vez primera en décadas han hecho vibrar a los españoles al grito orgulloso pero sincero de *Yo soy español, español, español*. En un país que carece de símbolos colectivos de unidad ese activo tiene un enorme potencial.

Finalmente un activo poco conocido y menos reconocido, sin duda de menor nivel comparado aunque subiendo posiciones con firmeza: la investigación científica y técnica. España cuenta con la generación mejor formada de su historia; no es difícil, por supuesto, considerando lo tardío de la alfabetización de España, que no se completa sino en los años cincuenta del pasado siglo. Es además una generación muy bien formada en términos comparados, como lo demuestra la demanda de médicos o ingenieros y la tasa de educación post-secundaria, de las más altas de la OCDE. Pues bien, sobre esa pirámide de

jóvenes licenciados e ingenieros se alza una pirámide de doctores e investigadores, trabajando muchos (demasiados quizás) en el extranjero, pero que han llevado la ciencia española, tanto en volumen de producción como en impacto de esa producción, al pelotón de cabeza de la producción científica mundial. Un despegue que comenzó ya en los años 80 con la primera Ley de la Ciencia, se frenó después, y ha sido relanzado durante los gobiernos de Zapatero en una de las pocas políticas acertadas de su mandato.

Pero no sólo contamos con activos, aunque en momentos de pesimismo como los actuales es más importante recordar los activos que los pasivos. Estos últimos aparecen a diario en los medios de comunicación, de modo que una enumeración es quizás más que suficiente.

El primero es sin duda la crisis económica, consecuencia de un alto nivel de endeudamiento causado por un euro fuerte (más fuerte de lo que nosotros nos podíamos permitir) aunque no mayor que muchos otros países que son percibidos (por agencias de rating o medios de comunicación) con mucha mayor generosidad. El desapalancamiento va ser muy duro, generará tensiones sociales, y es probable que España tarde lustros en recobrar el equilibrio. Mientras tanto la imagen exterior como país fiable se deteriorará. Debemos contar con ello. Quien se alza por encima de las expectativas existentes rompiendo barreras de credibilidad, es decir, quien hace “milagros” como nosotros, no puede perder esa confianza. Si la pierdes, si el “milagro” resulta ser una “burbuja” especulativa, la percepción regresa al punto de partida o incluso detrás. “Ya me parecía a mi que no era posible”, es la reacción espontánea. No va a ser fácil recobrar credibilidad, y para ello habrá que actuar en todos los frentes pero el primero es el del rigor presupuestario, la austeridad, tolerancia cero, no ya con la corrupción, sino con el despilfarro y la mala administración. ¿Cómo vamos a obtener crédito, quién va a prestar a un país que no controla sus cuentas? Ser austero y parecerlo no es ya una virtud para nosotros; es una necesidad.

Tras la crisis económica, la crisis política, en buena parte causa de la primera. Que es al tiempo una crisis de modelo de Estado y una crisis propiamente política, más fácil de abordar ésta que la primera. La crisis política ha florecido a partir de una insoportable politización partidista que acaba fagocitando a las

instituciones todas del Estado (desde el Tribunal Constitucional al Banco de España o las agencias reguladoras) y, desde ellas, a buena parte de la misma sociedad civil (fundaciones, museos, medios de comunicación, televisiones) y medios de comunicación. A lo que se ha prestado la propia estructura del Estado que tras más de treinta años de rodaje del modelo diseñado por la Constitución de 1978, muestra su peor cara. Un Congreso esclerotizado y un Senado inútil y necesitado de reforma profunda. Una captura del judicial (ya sea el TC o el CGPJ) por el ejecutivo que lo desfigura y lo politiza. Una articulación territorial que sin acabar de alcanzar un modelo federal se desliza desde un supuesto “federalismo asimétrico” a una confederación también asimétrica. Y todo ello generando una marcada inseguridad jurídica y una pérdida de eficiencia institucional detectada ya por las instituciones medidoras de estas variables.

España no cuenta con una sociedad civil fuerte, como sí cuentan otras sociedades latinas (Italia, por ejemplo). Nuestro activo ha sido siempre disponer de un Estado que, desde los Austrias, ha contado con una administración central eficiente. Un Estado débil sobre una sociedad débil es caldo de cultivo de todo tipo de corrupciones. Y España empieza a ser país con un nivel de corrupción política y económica preocupante, que daña poderosamente nuestra imagen y reputación: el país en el que no se paga IVA, en el que ni los banqueros pagan impuestos, el del fraude continuo en el desempleo o en la atención sanitaria, el país del urbanismo salvaje.

La corrupción en contextos democráticos está bien estudiada. Y todos esos estudios coinciden en que la corrupción es el resultado de cuatro variables. La primera es el control político de la economía, es decir, el grado de control por los políticos de decisiones discrecionales con efectos económicos importantes. La segunda es la multiplicación de centros o unidades administrativas de control político de la actividad económica, pues cuantos más haya, más probabilidad hay de que alguno se corrompa. La tercera es el riesgo real de ser descubierto, y la cuarta la gravedad de la sanción, dos variables que juegan juntas. Las dos primeras son los incentivos a la corrupción: mucha gente que puede tomar decisiones en las que se juegan intereses económicos importantes. Las dos segundas son los desincentivos: el castigo y su

probabilidad. Pues bien, en casi todo ello somos líderes. Una multitud de empresas, fundaciones u organismos cuasi públicos, muy dependiente de licencias, autorizaciones, subvenciones o permisos discrecionales concedidos por Ministerios, Consejerías, Ayuntamientos y un largo etcétera, decisiones escasamente controladas y con sanciones que rara vez se ejecutan pues , ¡vaya por Dios!, ya han prescrito. Los datos comparados muestran un notable deterioro de la percepción existente sobre el grado de corrupción en España, paralelo al deterioro de las instituciones. Es decir, la corrupción afecta ya a la imagen de España; afecta al crédito, al *trust*, a la prima de riesgo, reforzando la percepción de país “latino” miembro de los PIGS.

De modo que si debemos hacer “ajustes” duros en los presupuestos públicos y privados, igualmente debemos hacer “ajustes” en la política. Pero los más importantes ajustes afectan sin duda a la cultura, a nuestra visión del mundo. La cual, condicionada por siglos de hegemonía occidental, se proyecta hacia el futuro desconociendo que nos encontramos ante un punto de inflexión en la historia de la humanidad, el fin de la Era de Europa y el comienzo acelerado de otro tiempo. La opinión pública europea cree que la emergencia de grandes países es sólo eso, algunos Estados más a tomar en consideración pasando del clásico G8 al nuevo G20. Siempre hemos tenido una visión “estatocéntrica”, viendo el mundo a través del prisma de una cuadrícula de Estados igualmente soberanos, es decir, a través del prisma de la vieja Europa westfaliana. La proliferación de Estados consecuencia de la descolonización primero y del hundimiento de la Unión Soviética después parecía confirmar esa hábito de pensamiento. Pero el tamaño importa, importa el tamaño del territorio y, sobre todo, de la población. Y detrás de algunos de los nuevos Estados tenemos cientos de millones de personas que se incorporan al consumo mundial de energía o materias primas y que alteran radicalmente nuestro modo de vida. Aquellos que, como los Estados Unidos, pueden mantener el liderazgo de la innovación, conservan el valor añadido. Los otros, como nosotros, tenemos que empezar por reconocer nuestra debilidad. Mientras los políticos y los medios de comunicación continúen focalizados en el corto plazo de los ciclos electorales, y en los pequeños espacios de las CCAA o España, el hiato entre la conciencia y la realidad no hará sino ampliarse. Pues nuestra realidad,

nuestro ser, es ya una sociedad mundial, aunque nuestra conciencia no sea capaz de abarcarlo. Es más, cuando la opinión pública se asoma a ese nuevo mundo, la reacción es defensiva y regresiva: un retorno al viejo hogar tibio de la nación o incluso de la etnia, un regreso al seno materno de los populismos. Lo que domina hoy es el miedo al futuro y la voluntad de no ver.

No es, por supuesto, nada específico de los españoles, al contrario, es casi toda Europa la que, en esta crisis vital, reacciona con un “sálvese quien pueda”, renacionalizando su política y quién sabe si su economía. La posibilidad de un demos europeo está hoy más lejos que hace veinte años pero Europa es hoy veinte veces más necesaria. El mundo no nos espera y deberemos correr mucho para no perder posiciones. Hace menos de año y medio edité un libro colectivo al que, después de muchas discusiones, decidimos llamar *Europa después de Europa*. Ignorábamos que iba a resultar profético, pues en esas estamos: en construir una Europa después de Europa. Uno de los miembros del equipo redactor sugirió entonces que lo llamáramos *Post-Europa* pero no me atreví. Esperemos que aquella sugerencia no sea premonitoria del futuro. El 19 de septiembre de 1946, pocos meses después de acabar el combate, en su famoso discurso de Zurich, decía Churchill:

“hay un remedio que si se adoptara de una manera general y espontánea, podría cambiar todo el panorama como por ensalmo, y en pocos años podría convertir a Europa, o a la mayor parte de ella, en algo tan libre y feliz como es Suiza hoy en día. ¿Cuál es ese eficaz remedio? Es volver a crear la familia europea”.

Pues bien, la “familia europea” ya se ha creado y Europa es tan “libre y feliz como Suiza”. Pero aquel deseo contenía una profunda ironía, que hoy vemos con claridad: el de transformarnos en una sociedad de alta calidad pero aislada y ensimismada: ser “la Suiza del mundo”. De hecho así nos ven en el resto del mundo, una mezcla de parque temático, reserva de calidad de vida, resort turístico y refugio de millonarios. Un sitio en el que refugiarse, al que huir, un sitio apartado e irrelevante. Debemos intentar evitar ese destino que la historia parece marcarnos: la nueva Grecia de muchas nuevas Romas.